ALFREDO DE MUSSET

ANDREA DEL SARTO

TRAGEDIA DE ARTE Y DE AMOR

EN DOS JORNADAS

TRADUCCIÓN

DE

CANDIDO ROUCO

BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran Medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y Gran Premio en la de Buenos Aires de 1910

MALLORCA, 166

ANDREA DEL SARTO

[6604]

ALFREDO DE MUSSET, 1810-1857

ANDREA DEL SARTO

TRAGEDIA DE ARTE Y DE AMOR

EN DOS JORNADAS

TRADUCCIÓN

DE

CANDIDO ROUCO

BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran Medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y Gran Premio en la de Buenos Aires de 1910

MALLORCA, 166

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su permiso, podrá representarla, traducirla ni reimprimirla.

La «Sociedad de Autores Españoles», está encargada del cobro de los derechos de representación.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

JORNADA PRIMERA

DRAMATIS PERSONÆ

ANDREA DEL SARTO, famoso pintor.
LUCREZIA FIDE, su esposa.
CORDIANI
FRANCESCO
LEONELLO
CESARIO
} Discípulos de Andrea.
GREMIO, viejo conserje.
MATURINO, criado.
Pintores y Criados de la Academia y casa de ANDREA.

EN FLORENCIA

DECORACION

El Teatro representa un patio, cerrado al fondo y a la derecha por un muro de piedra. A la izquierda se alza, en primer término, un pabellón con puerta de salida al proscenio, hasta donde desciende una escalinata; y en segundo término, siguiendo el resto de la latitud, una casa de noble aspecto renacentista, también con puerta y balcones practicables. El muro se abre, en sus dos direcciones, en sendos arcos defendidos por robustas cancelas de hierro; y como tras él se supone un parque o jardín, las copas de los árboles destacan sobre su altura. Lo demás, todo discrecionalmente distribuído; algunos bancos y diversos artefactos de taller de pintura, como tablas, lienzos, marcos, caballetes, etc. Es la hora de la noche próxima al amanecer, y así, la luz del día va difundiéndose gradualmente por la escena a medida que la representación avanza.

ESCENA PRIMERA

GREMIO, CORDIANI

GREMIO

(Por el pabellón, con un manojo de llaves y una linterna encendida).

A fe que me parece que esta noche,
sin que sepa la causa, he prolongado
mi sueño más allá de aquellos límites
que imponen los deberes cotidianos.
Mas, ahora me doy cuenta que aun no es tiempo,
pues aquel resplandor tenue y lejano
que aparece en el cielo, anuncia apenas
aun todo permanece en silencio,
en la quietud. De cierto me he engañado.
la llegada del sol. Aun es temprano;
Y así que, no debiendo abrir las puertas
hasta la hora habitual, vuelvo mis pasos
hacia el lecho otra vez.

(Oyese el rumor producido al abrir uno de los balcones, por donde aparece CORDIANI).

¡Eh! ¿Qué sucede?
¿Qué rumor escuché? ¿Dónde ha sonado?
Sin duda fué en la casa... Sí, sin duda
hacia aquel sitio fué. Voy a explorarlo.

CORDIANI

(Descendiendo ya por una escala prendida al balcón y dirigiéndose a alguien que le responde dentro. Irá envuelto en amplia capa, cubierto el rostro con un antifaz).

En la puerta del parque, de aquí a una hora,
no lo olvides, amor....

VOZ

¡Seré a tu lado!

(CORDIANI pisa la escena. Retiran la escala y cierran el balcón. GREMIO, que ha divisado al encubierto proyectándole la luz de su linterna, corre a él cerrándole el paso).

GREMIO

¡Alto allá, seas quien fueres! ¡Alto, digo!
¡Alto allá y retrocede!

CORDIANI

¡Paso franco!

(Golpéale con un puñal. GREMIO cae. CORDIANI desaparece rápidamente por la cancela de la derecha, que se hallará entreabierta).

GREMIO

(Voceando).

¡A mí, socorro! ¡Pronto, a mí, acudidme!
¡Que hay en casa ladrones emboscados!

(Entra FRANCESCO).

ESCENA II

GREMIO, FRANCESCO

FRANCESCO

¡Gremio, Gremio! ¿Qué es eso? ¿Por qué gritas?

GREMIO

¡A mí, señor Francesco! Aproximaos.
Estoy aquí en el suelo. ¡Me han herido!
¡Dadme pronto favor! ¡Un desalmado,
un bergante, un ladrón, un asesino,
a quien he sorprendido haciendo escalo,
me ha golpeado en un brazo con su daga,
me ha tendido por tierra y ha escapado!
Sin embargo, llegad a incorporarme,
que aun puedo sostenerme y ayudaros
a dar caza al bribón. No está muy lejos
y además bien seguro, porque ha entrado
por la puerta de paso a los talleres,
y allí no hay hueco abierto. ¡Presto, vamos!

FRANCESCO

¿Es cierto lo que cuentas o estás ebrio?
¿Es verdad o es ficción, viejo borracho?

GREMIO

Me injuriáis sin razón, señor Francesco.
Ni estoy, como pensáis, alucinado,
ni he bebido siquiera un vaso de agua,
ni me engaño ni trato de engañaros.

Mirad, de allí salió: de los balcones
de madama Lucrezia. Le vi cuando
se descolgaba y le salí al encuentro
con ánimo resuelto y esforzado.
Mas ¡ay! por mi desdicha me encontraba
sin mi espada a la mano, y él, alzando
su puñal, me dió el golpe y caí al suelo
mientras tanto escapaba a todo trapo.
¡Reparad, si podéis, cómo me fluye
la sangre de la herida, reparadlo!

FRANCESCO

¡Cómo calienta el pensamiento el vino!
Por fin me harás reir, viejo alocado.
¿Qué sangre es esa que por más esfuerzos
que hago por verla no la pongo en claro?
Tu jubón, en el sitio que señalas,
está limpio y perfectamente intacto.

GREMIO

Señor, ¿eso decís?

FRANCESCO

Calla y no quieras
embromarme ya más, ¡imbécil, sandio!
¿A quién diablos pretendes haber visto
descolgarse a estas horas al terrado
por los balcones de Lucrezia, y luego
herirte a tí, que le saliste al paso?
¿Sabes, necio, además, que ni a Lucrezia,
ni menos al marido, este relato,
si llega a sus oidos, ha de hacerles
¡vive Dios!, mucha gracia, que digamos?
Lava pronto esos ojos soñolientos

que ven lo que no miran, y hazte cargo
de que más que con zumos de colores
conviene a la salud del hombre cauto
saciar la ardiente sed con agua fría,
tomada, si es posible, del mismo Arno.

GREMIO

Bien está, sí, señor. Pero yo os digo
que lo he visto ante mí, que le he parado,
que me ha herido en el brazo con un arma,
y os digo más: os digo que me ha hablado.
¿Continuáis, pues, creyendo que estoy ebrio
o que sigo empeñado en embromaros?

FRANCESCO

Ves doble, y nada más.

GREMIO

De ningún modo,
cuando ha sido uno solo el que he citado.

FRANCESCO

En fin, ¡cierra esa boca, escandaloso!
¡Mudo te quedes para siempre, zafio!
¿Qué te has propuesto con armar estruendo
a estas horas, turbando el sueño santo
de tanto joven como aquí reposa
de las fatigas del trabajo honrado?
¿O acaso te han pagado esa ridícula,
burda invención, con la que algún nefando
proyecta mancillar la acrisolada
virtud de la mujer de Andrea del Sarto,
lanzándole a su rostro el cieno impuro

de una sospecha atroz? Dí, ¿te han pagado?
¡Responde, vil, responde! Tú aseguras
con inaudito y singular descaro,
y dando a tus palabras reticencias
tales que dejan en suspenso el ánimo,
haber visto esta noche descolgarse
de los balcones de Lucrezia al patio,
a un hombre. Y yo pregunto: ¿eres un loco
o eres un criminal? ¿Cuál es tu caso?
¿Procedes por tí propio o por impulsos
de ajena sugestión? ¿Gratis o pago?
No fuera extraño en ti, viejo vicioso,
que por dinero para vino, ¡al diablo
fueras capaz de enajenarle tu alma,
si es que aun la tienes por vender, malvado!
Habla, pues. Te lo exijo, te lo ordeno.

(Sacudiéndole).

¡Habla, zorro! ¡Habla pronto y habla claro!

GREMIO

¡Por Dios, señor Francesco, respetadme!
¡Mirad que estoy herido y me hacéis daño!
Yo os juro por cuanto hay, por cuanto existe
sobre el haz de la tierra, más sagrado,
que es verdad cuanto dije, y asimismo
que nunca por contarlo me pagaron.
¡Tan verdad, tan verdad, como he de darle
cuenta, a Dios, algún día, de mis actos!

FRANCESCO

Escucha, amigo Gremio: ¿ves mi bolsa?

(Mostrándosela).

Pues tenla para ti; te la regalo.
Puedes tomarla sin ningún escrúpulo
y sin hacer melindres ni reparos.
No será, de seguro, tan lujosa,
ni en ella encontrarás quizá otro tanto
como hallaste en aquella que te dieron
por calumniar a la mujer de Sarto;
pero acéptala, Gremio. Es mi dinero,
si no tan abundante, más honrado.
Ve a beber a mi costa y buen provecho.
Tú no ignoras que soy, de antiguos años,
discípulo y amigo del maestro,
al que me unen afectos acendrados;
tampoco pensarás, naturalmente,
que sea yo el ladrón de tu relato,
o su cómplice al menos, ni que lleve,
por tanto, comisión en lo robado;
¿no es eso, no es así? Pues bien, amigo:
como tú me conoces, tan por amplio,
conozco yo igualmente al maestro Andrea,
y sé muy bien de qué es capaz en caso
de que se entere de tu absurda fábula:
¡lo menos que hace es deslomarte a palos
y expulsarte después! Conque, silencio,
si en algo estimas tu sustento, anciano,
y te importa ingresar en el sepulcro
llevando el esqueleto en buen estado.
¡A beber, camarada! Vuelve adentro,
punto en boca y no más. Nada ha pasado,
nada viste ni oiste; nada tienes,
por consiguiente, que contar. ¿Estamos?

GREMIO

(Guardando la bolsa).

Sí, señor, sí, señor. Yo nada he visto, nada puedo contar.

(Aparte, alejándose).

Y, sin embargo, ¡le he visto, vive Dios, como he de darle cuenta estrecha, algún día, de mis actos!

(Exit).

ESCENA III

FRANCESCO, CORDIANI

FRANCESCO

(Hacia la derecha, llamando a media voz).

¡Cordiani!... ¡Eh, Cordiani!... *(Entra Cordiani)* ¡Imprudente, insensato! Aun estabas con ella, ¿verdad? ¿Y Andrea, Cordiani? ¡Andrea, tu maestro, tu amigo!...

CORDIANI

¡Me ama, Francesco, me ama! ¡Lucrezia me ama!... Nada me digas, no me reproches nada, te lo ruego. Soy culpable, lo sé, muy culpable; el más culpable de los hombres, quizá. Ciertamente, Andrea no lo merece. Pero, ¡me ama, Francesco, me ama! ¡Lucrezia me ama!...

FRANCESCO

Y luego, ¡cuidado, ten gran cuidado, Cordiani! ¡Sé cauto en tu amor! Gremio te ha visto, te ha

sorprendido en un comprometido instante. Por esta vez lograste escapar sin que te conociera; pero, ¿quién te asegura que en otra ocasión no te descubra, y...? Pero, ¡Andrea, Andrea sobre todo, Cordiani! ¡Andrea, tu maestro, tu amigo!...

CORDIANI

¿Y qué sé yo, Francesco? ¿Qué puedo responder a tus censuras? Soy feliz, soy venturoso: Lucrezia me ama. Un miserable, un infame, lo reconozco, no me lo adviertas. Yo te explicaré después, más tarde, otro día cualquiera...; pero ahora, Francesco, no; ahora, no. Nada atinaría, aunque en ello me empeñara, a decirte, a exponerte sobre mi situación, sobre mi causa. Soy demasiado dichoso para razonar; sólo puedo sentir. ¡Lucrezia me ama!

FRANCESCO

¡Un miserable, un infame, lo reconoces! ¡Razón tenía, pues, Gremio, cuando a voces te llamaba asesino y ladrón! ¡Que a tus manos muere la ventura y la paz del glorioso Andrea, salteándole su adorado tesoro!

CORDIANI

¡Oh, amigo, si supieras!... ¡Es tan hermosa ella, tan amable serle amado!...

FRANCESCO

¡Insensato, insensato!

CORDIANI

¡Si supieras qué deliciosa opresión la de sus brazos de nieve al reclinarme en su palpitante pecho, qué vívido el fulgor de sus ojos rasgados mirándome entre la seda de sus pestañas, qué grata la suavidad de sus manos surcadas por ramas de lirios, cuando se posan en mis cabellos; qué inefable melodía la de su voz, si, apasionada, murmura a mi oido: «¡yo te amo!»... Es una vida nueva, amigo mío; una vida totalmente nueva para mí, toda divinas emociones, la que hacen surgir ante la abrasada imaginación del artista aquellos susurros de singular ternura, aquellos brillantes destellos, aquellas caricias inexpresables, el estrecharse aquel, sofocado y violento, deseando apurar su célica hermosura en un solo beso, que es a un tiempo sorbo y suspiro, como cuando de un golpe se agota la copa de elíxir!... A su lado, en la penumbra misteriosa de su camerino, bajo el halago de sus palabras tenues, viéndola abandonarse a mis requerimientos toda sumisa y amorosa, créelo, que en verdad te lo digo, me siento otro hombre, un hombre diferente, opuesto al que siempre fuera, con ensueños y con ideas que no sospechara nunca. ¡Poderoso Amor, Deidad de las Deidades, que así produces astros como transformas espíritus! A tí por entero me he entregado, sin querer reservarme nada mío, porque es tu inquietud eterna más amable y más sabrosa que la más cómoda paz; tus amarguras y tus tristezas más risueñas y más dulces que los gorjeos del maravilloso fénix; más leve y llevadera tu rigurosa tiranía, en fin, que las más amplias libertades de la ley sobre la tierra!

FRANCESCO

¡Qué exaltación! Cálmate. Hablaremos después. Ya la mañana avanza; el sol se eleva tras las cúpulas de la ciudad. Al tiempo que él, alguien aparecerá entre nosotros cuya mirada serena, turbadora de tu conciencia, no te será posible resistir. Aléjate, Cordiani.

CORDIANI

Ciertamente; y no sin llevarme conmigo el ídolo de cuyo altar sacerdote soy.

FRANCESCO

¿Qué dices? ¿A quién aludes?

CORDIANI

A nadie, a nadie. Debo alejarme, dijiste; adiós pues, Francesco.

FRANCESCO

No, espera ahora. Algo te oí que instintivamente me espanta. Concluye, exprésate claramente. ¿Qué idea es la tuya? ¿Qué piensas?

CORDIANI

Pienso en aquel rincón ensombrecido
de mi taller, en donde, tantas veces,
la frente atormentada entre las manos,
desolado y cansado me sentaba,

puesto a considerar mi triste vida,
mi estéril juventud.
Pienso en Florencia que despierta ahora:
Voy recorriendo con el pensamiento
sus calles dilatadas; veo gentes
que, engalanadas con riqueza, afluyen
a la Basílica Mayor, a misa,
y recuerdo con esto que en veinte años
no hice otra cosa sino errar sin rumbo,
como espectro que busca sepultura,
por esas calles, confundido, opreso
entre esa misma gente corrompida
que, indiferente a mi dolor, dejábame
pasar tranquilo sin decirme nada.
¡Qué época aquella de terrible hastío!
¡Qué años aquellos de infernales dudas!...
¡Cuántas noches, allá a las altas horas,
por siniestros designios torturado,
a la pálida luz de una hornacina
miré cruzar delante mí la Muerte,
brindándoseme fácil, de igual modo
que pudiera ofrecerse una ramera!...
Luego tras ella, en procesión extraña,
silenciosos pasando uno por uno,
¡cuántos vanos fantasmas del deseo,
cuántas quimeras del error y el vicio,
cuántas siluetas sin contorno casi,
de impúdicas mujeres, adoradas
un momento, no más! ¡Qué de ilusiones,
apenas concebidas, marchitadas,
apenas marchitadas, arrojadas
en el fango del Arno!... En esto pienso
con vergüenza en el alma y en el rostro;
mas después, cordialmente enternécido,
pienso también que aquel pasado ingrato
de nefanda y estúpida memoria,
es hoy tan sólo una imprecisa bruma,

una tiniebla que se esfuma lejos,
allá en el horizonte, a la manera
de un mal sueño, al entrar por la ventana
la suave luz del sol de la mañana...
Hoy, sobre tanta lúgubre rüina,
sobre tantas angustias y pesares,
sobre inconsciencia tal, e incertidumbre,
una idea se afirma, expresa y única,
alta como una torre, dulce y clara
como una estrofa de Petrarca, y lúcida
cual la gloriosa aureola de un arcángel;
un nombre de mujer lleva por nombre:
¡Lucrezia!... Es esta idea solamente,
el punto a que convergen mis afanes,
el descanso final de mi camino;
ella sólo, mi fuerza, mi dinámica:
lo que vibra en mi ser, lo que se mueve,
lo que me alienta y con vigor me impulsa.
Toda mi voluntad y mis anhelos,
todos mis entusiasmos y esperanzas,
toda mi fe, mis energías todas,
van en ella a absorberse y concentrarse,
lo mismo que la ingrávida miriada
de flotantes insectos, se confunde
en un rayo de sol...

FRANCESCO

¡Fatal amor el tuyo, amigo mío! ¡Cuántas lágrimas hará verter de amarga desventura!

CORDIANI

¿Sintió mi corazón algo hasta ahora? ¿Anidó en él una ambición fervorosa, alguna inclinación irresistible hacia algo que mis ojos contemplaran o que mi entendimiento conociera, has-

ta que vi a Lucrezia, y por hermosa la amé y la ambicioné? No. Tú lo sabes: jamás apetecí gloria o fortuna; jamás quise correr tras el aplauso del mundo, y la opulencia, codicia de los hombres, a mí ni una sola vez logró fascinarme y tentarme. En aislamiento voluntario, humilde, desconocido y pobre trabajaba, y el escaso rendimiento así obtenido bastaba a sustentarme y conformarme. Ningún esfuerzo brioso encaminado a empresas de alto vuelo intenté nunca, pues que nadie solicitaba la ofrenda de mi triunfo. Y hasta determinadas ocasiones, el alma envuelta en negro escepticismo, pensé que ni aun a Dios podría entregarla. ¡Tan poco he creído en él toda mi vida!... Hoy, cambiados los tiempos y las cosas, mi criterio cambió también con ellos. Ahora conozco la atracción del oro; ahora yo ansío conquistar renombre; ahora ya siento el religioso impulso de creer y de rezar. ¿Quieres conocer la razón de semejante metamorfosis? Ya pesan sobre mí delicados deberes, ya alguien ha puesto en mí esperanzas grandes que no pueden quedar sin satisfactorio cumplimiento; ya tengo un dueño a quien rendir tributo; ¡ya tengo un Dios a quien alzarle preces!... Por eso al muchacho abúlico y sombrío de antaño ha sucedido un enérgico hombre, pletórico de fuerza y de optimismo. Ahora soy otro. Ahora quiero vivir porque mi vida no sólo no es inútil: es precisa. Por ella, por Lucrezia. Si ella ha sido la mágica hechicera del milagro de hacer de un hombre viejo un hombre nuevo; si no es ingrato a su favor este hombre, cuando a la vida resucita ahora, pone a sus pies, con el amor, la vida.

FRANCESCO

Quisiera poder dirigir una ruda contestación a eso que dices; mas, para hacerlo, me sobra afecto y me faltan palabras. Me eres tan caro como el propio Andrea.

CORDIANI

Cuando sentado ante mi mesa trazo
versos de amor que cantan su belleza
y su graciosa simpatía, súbito
la perenne ilusión de mis sentidos
la evoca tras de mí. Mírola entonces
alzarse sobre mi hombro, por leerlos,
y sonreir después con complacencia,
mientras mis labios trémulos murmuran
el eufónico nombre de Lucrezia...
Amigo, te aconsejo, si algún día
eres amado así, no te detengan
ningún respeto humano, ley ninguna
que te impidan poseer la dulce prenda.
¡Rompe por todo y sé feliz! Y al cabo,
si perecer en la demanda es fuerza;
si tienes al destino en contra tuya;
si está obligado que por ella mueras,
no vaciles: estréchala en tus brazos,
dale un beso y después... ¡muere por ella!

FRANCESCO

Dime, tanto y tan vehemente amor por tu parte,
¿es de igual modo correspondido?

CORDIANI

Para entendernos nos basta el trinar de un pájaro, el balbuceo de un niño, una nota en su clave, un gesto cualquiera. Reconoce, pues, que cuando tan bien nos comprendemos, bien debemos amarnos.

FRANCESCO

Sí, así es el amor, según me han dicho.

CORDIANI

Un poco egoista, un poco cruel; esto lo sé por mí. Amo y soy amado; nada más quiero saber. El enamorado nunca analiza su amor, nunca siente el deseo de investigar sobre su ventura. Los grandes tratadistas de esta pasión pocas veces amaron. El amor es como un niño inocente que saborea la fruta, ya propia o robada al cercado ajeno, sin parar mientes en que le sea o no lícito comerla.

FRANCESCO

¡Oh! Ese es un sofisma inaceptable.

CORDIANI

Mira, cuantos cargos puedas hacerme sobre mi culpa, amigo mío, olvidados los tengo de habérmelos dirigido a mí propio cien veces, mil veces cada día. El remordimiento, el oprobio, el dolor de Lucrezia, el temor de la venganza de un hombre ilustre y amado, la persecución de

la justicia..., todas esas tristes ideas han ido muchas veces de tiempo acá a aposentarse en los umbrales de mi puerta, desde donde me acechaban amenazadoras, y ninguna de ellas ni todas reunidas, te lo juro, consiguieron jamás imponer la más leve vacilación a mis sentimientos ni a mis propósitos. Al recuerdo de Lucrezia desaparecían veloces, sin dejar huella siquiera, como una aglomeración de adustas sombras se desvanece en el acto de surgir una brillante luz. Ven ahora conmigo, acompáñame a mi estudio. Tengo allí en un recinto cerrado, donde nadie ha penetrado sino yo, un busto de mi amada esculpido en un bloque de mármol purísimo, la cual obra, terminada ayer, quiero someter a tu examen y a tu juicio. Yo veo en él un extremado parecido; pero soy artista y soy amante: dos veces apasionado, pues; incapacitado, por lo tanto, para crítico. Tú me dirás sinceramente qué te parece. *(Rumor dentro).* ¿Oyes? Nuestros condiscípulos invaden ya el parque, y Andrea no tardará tampoco en llegar para comenzar la Academia. Vamos. *(Exeunt).*

ESCENA IV

LEONELLO, CESARIO

CESARIO

Con frecuencia me acometen violentos deseos de cantar, de bailar, de reir, de hacer locuras. Ahora me ataca ese vértigo. Por mí no hablaría,

lo entonaría todo; y a cada afirmación acompañaría una pirueta; a cada réplica una carcajada. Mi filosofía es buena, Leonello; has de convenir en ello: cantar, bailar, reir... ¡reir siempre! La verdad, no concibo cómo existe la gente taciturna.

LEONELLO

Como el melancólico tampoco se explica la alegría de los demás. Hay en tí mucha juventud, Cesario; excesiva juventud, tal vez. Un poco de seriedad y de corrección no te sentarían mal del todo, a mi entender. ¿Habráse levantado ya el maestro?

CESARIO

Como el Papa en los Concilios, es el último en llegar; el primero cuando ha llegado.

LEONELLO

¡Qué escasa animación! ¡Cada día menos discípulos, menos entusiasmo cada vez! ¡Esta Academia, que fué, sin género de duda, la primera de Italia!... ¡Cuántos jóvenes de talento desaparecidos, cuántas esperanzas malogradas! ¡Qué discusiones aquellas sobre el mérito y el estilo de los grandes maestros! ¡Qué acontecimiento constituía entonces la aparición de un nuevo cuadro! ¡Cuánta afición, cuanto entusiasmo reinaba!... En tiempos de Rafael, la escuela, en ocasiones, convertíase en campo de batalla. La admiración y el sentimiento del arte, eran durante aquella época tan intensos, tan vivos, que, transmitiendo su ardor a las manos, arrojaban éstas los pin-

celes y requerían el pomo de las espadas para dirimir las diferencias entre los devotos de Tiépolo y los del inconmensurable Miguel Angel. Hoy ya no se admira, se cotiza; ya no se pinta, se coloran lienzos. Se trabaja para vivir, en fin... ¡El arte ha degenerado en oficio!

CESARIO

Así pasa todo bajo el sol, Leonello. A nuevas épocas, otras modalidades. En cuanto a Rafael, a quien citas, voy a manifestarte mi opinión tal cual es: nunca le admiré de verdad; ninguna de sus muchas obras ha podido arrancarme un pláceme sincero. No me gusta nada; su Estética me deja frío. Me brindó una vez un puesto en su escuela, pero lo rehusé por venir con Sarto.

LEONELLO

Era un genio, sin embargo. Eso es por completo evidente.

CESARIO

Sea, pues, un genio; mas déjenos tranquilos. Yo aun no he logrado definir mi gusto, pero no será él, de seguro, el modelo que me proponga. Si las artes mueren, la antigüedad rejuvenece y viene a ocupar un puesto de honor entre nosotros. Da unos toques de carmín a sus flácidas y amarillentas mejillas, y así se muestra al artista moderno como una Diosa nueva y adorable. Ayer mismo estuve viendo en casa del caballero Verrina unas estampas de Alberto Durero, que te recomiendo veas también sin pérdida de tiempo.

Podrán enseñarte mucho si las estudias con interés.

(Entran los pintores, discutiendo entre ellos. Al propio tiempo ANDREA DEL SARTO, por el pabellón, seguido de un CRIADO).

LEONELLO

He aquí al maestro.

ESCENA V

(Dichos, ANDREA, los PINTORES y el CRIADO. Después, FRANCESCO, MATURINO y GREMIO, según las indicaciones del diálogo).

ANDREA

(Al Criado). Dile a Gremio que ensille dos caballos, para él y para mí, y a toda prisa. Partimos fuera de la ciudad. *(Sale el Criado).*

CESARIO

¡Salud y bien hallado, maestro Andrea! ¿Qué noticias nos traéis, qué novedades? ¿Qué sucedidos pintorescos, qué chistes ingeniosos?... Vamos, hacednos saber a vuestra vez lo que sepáis, yo os lo suplico. Rabiando estoy por asombrarme y esparcir el ánimo, sea como fuere y al precio que costare. No se repare en fórmulas ni en gastos. *(Riendo).*

ANDREA

¡Siempre de buen humor, Cesario! ¡Siempre alegre, hijo mío, siempre alegre! ¡Envidiable perpetuo regocijo, fruto lozano de una juventud sencilla, ignorante de la preocupación y del sufrimiento!... ¿Novedades me pides? Todo es nuevo. ¡Todo es nuevo en el mundo cada día! Nueva es la luz, nuevo el verdor del árbol, nuevo es el aire que al pasar agita los bucles de tus cabellos; nueva es la fuerza del robusto músculo, nuevo el perfume que nos trae la brisa de las campiñas y de los bosques. Todo es nuevo, te digo, excepto el hombre. ¡Sólo el hombre envejece!... Y porque se analiza y se compara, porque siente disolvérsele energías y esperanzas, porque ve cómo encanece su cabeza, cómo se secan sus miembros, cómo se arruga su rostro, piensa con criterio pobre que todo muere con su ley mezquina. Cada aurora renace en torno suyo la Naturaleza en vívida explosión de luces y de colores, en armonía magnífica de rumores y de gorjeos. Vibran entonces los átomos y las conciencias, las montañas y las constelaciones con renovado vigor, como estremecidos e inspirados por aquel viento de Dios que flota sobre los mares y las llanuras; pero este espléndido resurgir de sí mismo de todo lo creado, este eterno convertirse y engendrarse otra vez, de tal manera es incomprensible a los débiles sentidos y al cansado pensamiento humanos, que extravió su razón hacia ese absurdo que llamamos muerte. Absurdo, porque no existe, porque no puede existir; repugna demasiado a cualquier mediana capacidad cerebral. Es, por el contrario de su vulgar significación, una misteriosa evolución de la vida hacia la vida misma, dentro

de su Infinito. Y basta de metafísica tan de madrugada, cuando el desayuno comienza a enfriársenos. *(A los pintores).* Buenos días, señores; bien venidos. Viejo amigo Leonello, buenos días.

CESARIO

Perdonad si os contradigo, maestro. Filosofar es bueno a todas horas, creo; singularmente cuando de ello se originan teorías tan sugestivas y tan brillantes como las que frecuentemente exponéis. ¿Qué opinas tú, Leonello?

LEONELLO

Opino que más hablas que trabajas.

ANDREA

Verdad, en efecto. Nuestro divertido amigo hase, en mal hora, contaminado del prurito de la controversia sobre cualquier cosa, no tanto, seguramente, por el placer de obtener alguna curiosa deducción como por justificar de algún modo su holgazanería. La discusión sistemática, hijo Cesario, no es un terreno tan fructífero como se cree; rara vez produce un brote jugoso y fértil, y en cambio, abundante es la buena semilla que en él se esteriliza a diario. Por eso te recomiendo menos polémica y más obra; menos argumentar, más trabajar. Somos pintores, amigo mío, nada más que pintores, y a pintar debemos concretarnos; pues la palabra, hablada o escrita, indispensable a Cicerón o a Aristóteles, no es, ciertamente, imprescindible a Leonardo o a Tintoretto. Hablen por tí tus pinceles plagiando a la Naturaleza lo mejor que puedas, y reserva fa-

cilidades de expresión para dirigirle ternezas a la *tua donnina.* ¿Meditarás sobre esto que te digo? ¿Seguirás el buen consejo de mi experiencia? A la obra entonces sin perder momento. El Arte es dilatado, pero la vida es corta. ¡Ay, Leonello, camarada, lo que es envejecer, lo que es pasar de moda! Esta juventud, orgullosa de su siglo, nos desdeña cordialmente y substituye nuestras doctrinas por una extravagante mezcolanza de filosofía y embadurnamiento. En fin, si ello ha de ser, inútil será oponernos. Vivan enhorabuena con su nuevo siglo, que más que nuevo parece y debe ser viejísimo, remozado de mala manera, como la tarasca de las procesiones, que todos los años untan y emplastan para ocultar las lacras de su longevidad.

LEONELLO

¡Oh, pardiez! yo no me resigno como tú a tanta vaciedad y a tanto disparate. Jamás abandonaré mi espada si intervengo en discusión con esos señores. Es, con determinadas gentes, el único recurso, el argumento definitivo.

ANDREA

(Risueño). No sienta mal a tu tipo la espada, verdaderamente; pero aquella época pertenece ya a la Historia; y como, según dicen, vivimos en ésta como de favor, prudente será el conformarnos a las modernas costumbres. *(Entra Francesco).* ¡Ah, Francesco, discípulo amado! Hete ya entre nosotros; bienvenido. Pero observo que no estamos todos los que debiéramos estar; alguien nos falta.

LEONELLO

Nos falta Cordiani.

ANDREA

A él echaba de menos.

FRANCESCO

Quizás no pueda concurrir hoy a la Academia, maestro.

ANDREA

¡Qué! ¿Hállase enfermo?

FRANCESCO

Creo que sí; enfermo.

ANDREA

Debe ser un malestar repentino, pues ayer al obscurecer le ví y nada en su semblante delataba malestar. ¿Será de gravedad la dolencia? Vamos a su casa. Quiero reconocerlo por mí mismo.

FRANCESCO

(Aparte). ¡Dios, qué conflicto! *(Alto).* No, no vayáis, maestro, no vayamos; no nos recibiría..... Encerrado está en un aposento, del cual niégase a salir, cualquiera que sea el requerimiento que se le haga.

ANDREA

Saldrá al conjuro de mi voz, ya lo verás. Soy su maestro y su amigo, y me ama y me respeta. Vamos.

FRANCESCO

Nada lograréis. Me aseguró que quería estar solo y que a nadie en absoluto franquería la entrada.

ANDREA

¿Solo y enfermo? ¿Y no querrá verme a mí, dices, siquiera?... ¿No obedecerá a causa distinta su retraimiento? ¿A alguna sangrienta pendencia, a pérdidas de juego acaso?... Vaya, habla, dime lo que sepas. Intimo suyo eres y para tí no guarda secretos. Desvanece mi incertidumbre.

FRANCESCO

Tranquilizaos. Nada de lo que imagináis le ha sucedido. Una indisposición pasajera y eso es todo; mas, conociendo su carácter extraño, no debe asombraros ninguna actitud que adopte.

ANDREA

¡Quiéralo así el Señor, yo se lo pido! ¡Cuántas plegarias al cielo tengo dirigidas por la vida de ese muchacho! ¡Tan preciosa es en estos tiempos de decadencia y de mixtificaciones del Arte, amigos míos!... Muerto Rafael el divino, pensé que sólo Cordiani fuese digno de sucederle en su gloria y en él fundé mis esperanzas, estimulándole a

seguir las huellas del artista soberano. Su portentoso poder creador y su cálido corazón auguraban a mi designio un éxito feliz. ¡Cuántas ocasiones, mirándole en lo alto del andamio, la luminosa paleta presa con mano febril, la inspiración ardiéndole en la mirada, he sentido henchírseme de gozo el pecho y de entusiasmo el cerebro, y he tendido a él mis brazos para recibirle y estrecharle en ellos con la vehemencia de la admiración, y le he llamado ungido, hijo de dioses, y he besado fervoroso su frente joven y abierta, donde irradiaba la estrella de oro del talento sublime! ¡Qué facilidad de línea, qué pincelada la suya, tan certera, tan justa, qué derrochar fantasía, qué acumular efectos y contrastes, sin perjuicio de la clara observación del natural, de la veracidad del detalle y del conjunto! Cuando comparo mis lienzos con los suyos, entristezco de envidia; pero dando después el rostro al porvenir, satisfecho de haber adoctrinado a ese incipiente genio, alzo mi voz para decir a la posteridad: Poco pude hacer, es cierto; poco valgo; desmedrada y escasa es la herencia de mis manos; mas he aquí que tras de mí, por mi propio camino, puesto en él por mi cuidado y mis enseñanzas, llega un hombre cuya fama llenará la Historia, cuya excepcional grandeza descollará sobre todas las grandezas del Arte. Ese es Cordiani, mi discípulo, el hijo legítimo de mi idea. No engendré yo su estructura carnal, es verdad; pero su colosal espíritu nació, como Minerva, de un pensamiento, del pensamiento mío, y así le amo como a la obra más completa que fuí capaz de concebir y realizar. ¡Siglos venideros, edades futuras, por mucho que me lo agradezcáis, jamás me lo agradeceréis bastante!

MATURINO

(Entrando). Monseñor, una visita os espera.

ANDREA

¿Quién es? ¿Qué quiere?

MATURINO

Monseñor, no lo sé. Sus cabellos son grises, viste un largo manto. Vos le hicisteis llamar, según ha dicho.

ANDREA

¡Ah! Iré ahora mismo. *(Sale Maturino).* ¿Tú me aseguras, Francesco, que no es nada grave lo que tiene?

FRANCESCO

Os lo aseguro, maestro.

GREMIO

(Entrando). Monseñor, prestos los caballos.

ANDREA

Bien. Espérame aquí. *(A Francesco)* ¿Vendrá mañana, le veremos mañana? ¿Necesitará algo? Infórmate y avísame. Entra ahora en casa y dí a mi esposa que parto a la granja; mas, que estaré de regreso a la hora del mediodía. Tú almor-

zarás con nosotros. *(A los Pintores).* Pasad a los talleres y aprovechad las horas, señores.

(Entrase por el pabellón, y FRANCESCO por la casa. Los demás personajes por la derecha. GREMIO queda solo).

ESCENA VI

GREMIO

¡Hum, hum!... ¡Y, sin embargo, le he visto! Le he visto descender del balcón, saltar al suelo, pararse a mi paso; le he visto alzar su brazo armado amenazándome, y he sentido luego penetrar en mi carne la frialdad de su puñal, que era tamaño... Mas, ¿qué interés podrá tener el señor Francesco en desmentirme, en hacerme creer que vi visiones? ¡Oh! Alguno debe ser y no pequeño, cuando por mi silencio me ha pagado... *(Va contando las monedas que hay en la bolsa de Francesco).* Tres... cuatro... cinco... seis... ¡Diávolo, diávolo, bueno va! Siete... ocho... nueve... ¡bien! La paga no es floja; pensando voy que tiene razón el señor Francesco: no ha habido ladrones ni asesinos más que en mi calenturienta imaginación. Diez... once... ¡Y, sin embargo, le he visto!; pero no era un ladrón ni un asesino, eso está demostrado; era... era... Si no era un ladrón ni un asesino, ¿quién era, pues, vamos a ver, aquel hombre enmascarado y encapuchado, que con tal sigilo y a tan intempestivas horas salía del cuarto de la señora Lucrezia, descolgándose por el balcón, y apretaba a correr en cuanto le dí el alto? ¡Ah, qué idea!... Pero calla, calla, Gremio; calla,

viejo malévolo; malicioso truhán, no sigas, no sigas por ese camino... *(Un momento, pensativo y sonriendo).* ¡Je!... ¡Sería gracioso, ja, ja!... Pero, no; no hay que suponer nada; ¡cuidado, cuidado! Tú nada has visto, Gremio. Si le has visto descender del balcón y le has oido decir... ¿Eh, qué? ¿Qué es lo que has oido decir a nadie, majadero?... ¿Pues no está ahí el señor Francesco, que es la persona de mejor juicio del mundo, que con razones de gran peso te ha probado terminantemente que nada viste ni oiste, imbécil?... Luego, una voz de mujer respondió... ¿Cómo, cómo? ¿Volvemos a las andadas, mentecato? ¿Qué es lo que había de responder la voz, si estuvo silenciosa? Aunque muy bien pudiera ser la voz de Arabella, la camarista, que anduviera por allí casualmente... Porque la verdad es que un balcón no se abre por sí solo..., ni se contesta a nadie que no pregunta. Y el balcón se abrió, el hombre habló y la voz contestó: «¡Seré a tu lado!» Eso es. Estas palabras resonaron claras en el silencio de la noche y yo pude recogerlas perfectamente. ¡Oh! En eso sí que no me engaño; lo demás, pase; pero eso... Y también estoy cierto de que esa voz no fué la de Arabella ni la de ninguna otra de las muchachas del servicio. Esa voz fué la de... ¡Silencio! ¡No fué la voz de nadie! No hubo voz, no hubo hombre, no hubo balcón abierto, no hubo fuga... no hubo más que esta buena bolsa que te dieron por callarte y que debes guardar inmediatamente. Y, pues que la aceptaste en compromiso honrado, cumple como es debido ese compromiso no volviendo a mentar palabra de aquel lance. ¡A callar te han dicho, y a callarte vas! Que el callar, muchas veces se paga mejor que el más elocuente discurso.

ESCENA VII

GREMIO, ANDREA

ANDREA

¿Qué haces, Gremio?

GREMIO

Monseñor, os esperaba. Maturino está con los caballos a la puerta.

ANDREA

Que los traiga por la cancela del jardín. *(Sale Gremio).*

ESCENA VIII

ANDREA

¡Imposible obtener el préstamo del judío! Súplicas, palabras firmes, escrituras legales... ¡todo inútil, todo en vano!... ¿Cómo podré recibir dignamente a los enviados del Rey de Francia y rendirles las cuentas que en nombre de su Señor vienen a exigirme? ¡Ni un escudo te queda, pobre Andrea, ni un miserable escudo en tu bolsa! ¡Tu gran proyecto derrúmbase excavado en sus cimientos por las corvas uñas de un hebreo! La

más bella empresa de arte confiada a un pintor, cien obras maestras a acometer por encargo de un gran Rey, la amistad y la confianza de ese magnífico soberano, una lluvia de oro cayendo sobre tí, legítima remuneración de tu trabajo, esparciéndose después a remediar la aflictiva pobreza de tantos artistas desvalidos.... ¡cuánta gloria perdida, cuántos divinos sueños rotos y dispersos al embate de las contingencias del vivir!... La admiración de los pueblos, suntuosos palacios poblados de obras excelsas..., el sagrado fuego del Arte, próximo a extinguirse en Florencia, reavivado por tí, brillando otra vez como en tiempos de Leonardo, con gigante llamear! Francisco primero te pide cuentas, Andrea; ¿vas a entregárselas debidamente justificadas? ¿En qué invertiste las fuertes sumas que te anticipó para la contrata de pintores y obreros, para la adquisición de preciosidades antiguas y de los costosos materiales a emplear en la magna empresa que a tus méritos confiara?... ¿Qué responderás a ese insigne protector tuyo cuando te pregunte en qué distribuiste su dinero y cómo interpretaste y realizaste su idea? Habrás de responderle, ni más ni menos, en estos o semejantes términos: «Señor, no me ocupé un solo día en organizar requisas por las viejas tiendas de los judíos en busca de ornamentos y muebles que convinieran a vuestro gusto; pero obsequié con festines a mis amigos, a costa vuestra. Visité los talleres de los orfebres bajo los puentes; mas, en vez de comprarles las vetustas nobles preseas que amáis, gasté vuestros fondos en joyas modernas con que enriquecer los tocados de mi esposa. No llamé a los pintores famosos de Italia para que cooperasen a mi trabajo en vuestros encargos; en lugar de ello, dilapidé las cantidades que mandabais en

disponer fiestas lujosas que admiraron a la ciudad. He aquí, Señor, el empleo que dí a vuestro dinero y cómo supe hacer honor al contrato que con vos estipulé libremente. Como delincuente, juzgadme e imponedme la pena que os parezca; que por severa que ella fuere, Señor, en todo su rigor la merecí». Esto es lo que habrás de replicar al Rey, y con esto, esperar su repulsa condenándote. ¡Estás deshonrado, Andrea! ¡Definitiva y escandalosamente deshonrado!...

Pero, ¿has pensado bien en lo que para tí significa ese concepto? Eres hoy un hombre respetado, un artista conocido, bienquisto de amigos y discípulos, admirado y adorado por una mujer. ¡Una mujer!... ¡Oh Lucrezia, Lucrezia mía... por amarte como te amo haré de tí el ludibrio de las gentes, el escarnio de la ciudad! Todo el mundo se mofará de tí cuando salgas a la calle, porque para la pública maledicencia serás partícipe de mi deshonor. Y nada sabes, divina criatura, nada sospechas siquiera, y eso que fuiste tú la única causa de tales efectos. No obstante, ¿cómo culparte?... Ni, después de todo, ¿cómo culparme yo tampoco? Fuí débil solamente; carecí de energía para oponerme a ningún capricho suyo; ¿y será esto posible en el criterio de quien haya amado alguna vez? *(Pausa)*. Pero el tiempo transcurre, el problema sigue en pie, y estas vanas lamentaciones no lo resuelven. Es preciso, absolutamente preciso, rendir cuentas al Rey, presentarle obras y adquisiciones, o dinero.... Ambas cosas me faltan. Dinero... mucho hay en las arcas de los grandes señores de Florencia; yo he visto algunas. ¡Si me atreviera!... Penetrar una noche en un palacio, forzar una puerta... Es fácil, eso es fácil...; para mí, ¡imposible!... ¡Tanta riqueza acumulada allí, y mi pórtico de la Annunziata me ha valido

un saco de trigo por toda paga! ¡Espléndida paga de una obra de arte, espléndida paga! *(Llamando).* ¡Gremio, Gremio! *(Entra Gremio).*

ESCENA IX

ANDREA, GREMIO

GREMIO

Monseñor...

ANDREA

¿Qué te sucede en ese brazo? Observo que apenas lo mueves, que no te sirves de él. ¿Qué tienes?

GREMIO

¿En este brazo, Excelencia? ¡Oh, nada! No os inquietéis. Una ligera herida, un rasguño... Soy ya viejo, Monseñor, harto viejo para todo. ¡Hum! Con todo, si en tal ocasión acierto a tener mi espada por allí...

(Un gesto indicando temer haber dicho demasiado).

ANDREA

Pues, ¿quién te ha herido?

GREMIO

¡Ja, ja! He ahí, verdaderamente, lo difícil, Monseñor, porque... ¿Quién me ha herido, me pre-

guntáis? Y yo os respondo: No me ha herido nadie, monseñor. No me duele nada, no me duele nada, no me molesta; digo, ya habréis advertido que no me quejo, ¿verdad? Es cosa baladí todo ello, creedme.

ANDREA

¿Te has herido tú mismo, entonces?

GREMIO

No, señor; no, señor.

ANDREA

(Severo). Si tratas de bromear conmigo, importuno tiempo elegiste, Gremio.

GREMIO

Monseñor, yo... ¡Oh, vive Dios, que si supiera que por ello habíais de enojaros contra mí, buscaba ahora mismo al malvado, más que se ocultase en el centro de la tierra, y le daba su merecido! ¡Ah, no, no! Conmigo pocas chanzas de esa especie, ¡voto a...!

ANDREA

¿Buscabas ahora mismo al malvado?... ¿Qué malvado es ese y qué te ha ocurrido con él? Refiéreme ese lance.

GREMIO

(Confuso). ¡Por vida!... No es posible con vos,

está visto; sabéis sonsacar de una manera... ¡Qué buen juez hubierais hecho, Monseñor!

ANDREA

Tanta reticencia y tanto circunloquio algo extraordinario esconden, Gremio. *(Mirándole con fijeza).* Algo que vas a descubrirme en seguida. Ea, comienza. Te escucho.

GREMIO

¡Por vida, por vida!... No quisiera disgustaros, Monseñor, pues tal vez os disguste; mas, si al fin ha de saberse, vos debéis saberlo el primero. Allá va lo sucedido, y ¡pase lo que pase!; ¡voto al diablo! Mi señor sois, vuestro pan como, os debo sinceridad. Siendo aún de madrugada, oí ruido hacia esta parte. Apresurado, arrojéme del lecho; ¿estáis?... Pesco mi linterna y mis llaves; ¿eh?... Y salgo acá, cauteloso; ¿me comprendéis?... Entonces, con la sorpresa natural en un caso así, ¿eh?, le ví descolgarse. Ahí tenéis el asunto.

ANDREA

Le viste descolgarse... ¿a quién?

GREMIO

¡Pardiez! Al hombre.

ANDREA

Al hombre... ¿Qué hombre?

GREMIO

¡Pardiez! Al que se descolgaba.

ANDREA

¿Por dónde se descolgaba?

GREMIO

Suponedlo: por el balcón. ¡Si yo le agarro, Santa Madonna!...

ANDREA

¿Por cuál balcón?

GREMIO

Sálgole al encuentro, intímole a entregarse, y, ¿qué diréis que hace el bravo sujeto? ¡Uf, cada vez que lo recuerdo!... Desenvaina su puñal y ¡zas!... ya lo veis: en este brazo. Escapó, eso sí, aprovechando el caer yo al suelo, del golpe; que si espera un poco no más.... Viejo soy y herido estaba y desarmado, Monseñor; pero aún, aún, si me espera...

ANDREA

¿Por cuál balcón se descolgaba, Gremio?

GREMIO

¿No os lo he dicho? Por uno de los balcones de las habitaciones de la señora Lucrezia. Por aquél, mirad. *(Señalando allí).*

ANDREA

¿Por el de su camerino?

GREMIO

Exacto, señor.

ANDREA

Es singular, es singular eso. *(Pausa).*

GREMIO

Como os digo, caí al suelo y dí voces pidiendo ayuda, y acudió el señor Francesco. El señor Francesco se rió de mí, llamóme visionario y borracho y me aconsejó diese un punto a la boca. Luego me regaló una bolsa con dinero.

ANDREA

¿Francesco?

GREMIO

Sí, señor. He aquí, ved la bolsa.

ANDREA

(Aparte). Del balcón de Lucrezia... ¿Francesco le vió también al hombre, Gremio?

GREMIO

No, señor. Salió después, a mis voces.

ANDREA

¿Qué traza tenía, qué aspecto presentaba?

GREMIO

¿El señor Francesco?

ANDREA

No, el otro.

GREMIO

¡Ah! No pude verle el rostro, Monseñor; llevaba un antifaz... Fué cosa de un momento.

ANDREA

Extraño, extraño en verdad. ¿Y dices que el señor Francesco te recomendó silencio.... dándote esa bolsa en cambio?

GREMIO

Amenazándome, además, conque me expulsaríais de aquí si algo os decía.

ANDREA

¿Que te expulsaría de aquí, yo?... ¿Qué es esto, qué es esto?... Dime todavía, Gremio: ¿no pudiste más que ver?; ¿no oiste nada?

GREMIO

(Dudando). Monseñor...

ANDREA

¡Ah! ¿Oiste algo? ¿Qué oiste, dime?

GREMIO

Monseñor, perdonad; sí... Vaya, oí algo, sí; pero...

ANDREA

(Presa de creciente excitación). ¿Qué oiste, qué oiste, Gremio? Habla pronto.

GREMIO

Cuando el enmascarado descendía, alguien, no sé quién, Monseñor, os lo juro..., alguien, digo, que permanecía oculto, cambió con él unas ciertas palabras.

ANDREA

¿Qué se dijeron?

GREMIO

El hombre exclamó: «En la puerta del parque, de aquí a una hora...»

ANDREA

«De aquí a una hora...»

GREMIO

«En la puerta del parque», eso es. Son sus mismas palabras, recuérdolas bien.

ANDREA

(Aparte). «De aquí a una hora... En la puerta del parque, de aquí a una hora...» Sabíase que hoy estaría yo ausente toda la mañana; ayer lo anuncié. Así, pues, tratábase de aprovechar la circunstancia... ¡Dios!... *(Alto).* Y la voz ¿qué respondió, Gremio, si lo oiste?

GREMIO

También lo oí, sí, señor. La voz respondió: «Seré a tu lado».

ANDREA

«¡Seré a tu lado!»

GREMIO

Ahora, Monseñor, que no sé a cuál de las dos puertas que tiene el parque aludirían: si a ésta *(por la que se descubre en el fondo)*, o a la otra pequeña, que da entrada a la casa. No sé.

ANDREA

(Después de meditar brevemente). Atiende, Gremio: ve a decir a Maturino que vuelva los caballos a la cuadra; saldremos más tarde. Después toma tu espada y ve a situarte oculto próximo a la otra

puerta, ¿entiendes? a la que da entrada a la casa. Desde allí observarás lo que suceda, y si alguien, sea quien fuere, intentare entrar o salir por ella, deténle, o llama. No te dejes intimidar: yo acudiré al oirte. Pero, sea quien fuere, repito, deténle o entreténle hasta mi llegada.

GREMIO

¿Sea quien fuere decís, Monseñor? ¿Y si fuere, por azar...?

ANDREA

Sea quien fuere, está dicho. A mí no me verás hasta el crítico instante, pues conviene que me esconda a fin de que me crean fuera. *(Con forzada sonrisa).* Sospecho de lo que se trata; es, sin duda, una bagatela, una frívola jugarreta. No hay que alarmarse. El hombre iba enmascarado, ¿eh?

GREMIO

Sí, señor.

ANDREA

Consultaré esto con Cordiani, mi fiel amigo, y él me aconsejará y entre ambos resolveremos. Ea, Gremio, a la obra. No tengas miedo, yo te respondo de que no es más que una broma. Hemos de reir bastante, ya lo verás. ¡Oh! Hiciste bien, hiciste bien advirtiéndome como lo has hecho; ya te recompensaré como mereces. ¿Notaste algún detalle de la indumentaria del desconocido?

GREMIO

Os diré... Como era casi de noche y él se escabulló tan aprisa... Sólo me fijé en una gran capa en que se envolvía.

ANDREA

Y la voz ¿no la reconociste? ¿Una u otra?

GREMIO

No..., no, señor... No sé... No reconocí ninguna.

ANDREA

(Aparte). ¿Qué será, Dios mío, qué será? Hablaré a Cordiani, decididamente. El ha de ayudarme con todo interés. *(A Gremio).* Anda, amigo mío, ve. Si te preguntaren, dí que he salido, que he partido solo; hazlo saber así. Confío plenamente en tu discreción y en tu buen entendimiento. Ve. *(Aparte).* ¿Qué será esto, Dios mío, qué será? ¿Qué podrá ser esto? *(Sale).*

GREMIO

¡Ah! Bien pensaba yo cuando pensaba que Monseñor no se enfadaría conmigo por decírselo, no. La prueba está en que ha prometido recompensarme y todo. ¡Bien, bueno va!... En cuanto a este dinero del señor Francesco, ¡diávolo, diávolo!, va pareciéndome que no es tan honrado como él decía, y no sé por qué me lo parece así, en verdad lo digo. Pero, ¡paciencia!; que pronto hemos de saber a qué atenernos, y si constituye o no caso de conciencia esta bolsa, si debo

restituirla o quedármela bonitamente. *(Entran Lucrezia y Arabella).* Aquí viene la señora Lucrezia con su camarista. Voime a mi puesto.

ESCENA X

LUCREZIA

¿Dónde está el señor, Gremio?

GREMIO

Camino de la granja, señora, si no ha llegado. Ha buen tiempo partió allá.

LUCREZIA

¿Cómo no le acompañaste tú?

GREMIO

No lo sé. Ordenóme que me quedara.

LUCREZIA

¿Fué solo, entonces?

GREMIO

Sí, señora. *(Sale).*

ESCENA XI

LUCREZIA

Nunca más volveré a verle.

ARABELLA

Señora, perdonadme; soy vuestra fiel criada. Habéisme confiado por entero vuestro designio, os miro pronta a ponerlo en ejecución, a huir de vuestro hogar; y, sin embargo...

LUCREZIA

Y, sin embargo, Arabella...

ARABELLA

Y, sin embargo, no puedo creerlo...; ¿qué queréis? no puedo creerlo.

LUCREZIA

En breve abandonarás la duda por la certidumbre.

ARABELLA

No tengo autoridad para disuadiros, ni siquiera para aconsejaros, señora. Por otra parte, me conocéis bien; sabéis cuán adicta os soy, incapaz de traicionaros por nada del mundo. Ni censuras, pues, ni traiciones temáis de mí. Pero, a cambio de tanta devoción a vuestra persona, habéis de permitirme una pregunta que quiero haceros: ¿Habéis reflexionado suficientemente sobre el grave paso que vais a dar?

LUCREZIA

No. Por eso voy a darlo tan decidida.

ARABELLA

Permitidme todavía: ¿No os causa aflicción verdadera dejar a un amante esposo, fácil a todo sacrificio por complaceros; renunciar a un hogar risueño, renunciando con él a una vida tan brillante, tan regalada, tan feliz, como esta que disfrutáis? Desconocéis el egoismo, sin duda.

LUCREZIA

No, por cierto, Arabella: no lo desconozco. Por el contrario, mi sentimiento aparece cuando considero tanto bien como pierdo, tantas satisfacciones a que renuncio. Voy a abandonar, como justamente dices, un hogar risueño, una existencia amabilísima, toda llena de placeres y suntuosidades; desdeño a un esposo ilustre, quiebro de un golpe el sagrado lazo que me une a él y me declaro rebelde ante el mundo y ante Dios. ¡Grave delito, imperdonable pecado; es verdad! En una hora seré desposeída de mi rango, de la consideración de las gentes; del honor, preciada gala y ornamento de una dama. Todo esto sé que pierdo, y todo esto deploro perderlo. Mi amante no pierde nada; es libre y solo, no rompe compromisos con nadie, no rescinde juramentos, no vulnera leyes; pues a pesar de ambas tan diferentes situaciones, posible será que no se entregue él a la aventura con tanta serenidad y tanto denuedo como yo. No soy inconsciente de mis actos; pero el amor a otra parte me llama.

ARABELLA

Antes preguntasteis a Gremio por vuestro esposo. ¿Por qué lo hicísteis, señora?

LUCREZIA

Porque hubiera gustado de verle una vez más.

ARABELLA

¡Pluguiera a Dios le hubierais visto!

LUCREZIA

No, no pienses nada. Su presencia en tan solemnes momentos no me habría hecho volver de mi resolución, ni vacilar siquiera. Profeso afecto a Andrea; mentiría si otra cosa dijese. Pero ni sé proceder hipócritamente ni puedo amar a medias. Mis amores, como mis odios, han de ser totales, a vida o muerte.

ARABELLA

¡Admirable sois, señora! Admirable, mas peligrosa. No os enojéis si os lo digo: tal vez vuestra belleza sea una obra funesta.

LUCREZIA

Mucho lo temo también, Arabella; pero, silencio ahora. Cordiani va a llegar, quizás espera ya en el sitio convenido. Tú vendrás conmigo, ¿verdad? Has prometido seguirme.

ARABELLA

Y la promesa os renuevo. Os seguiré a dondequiera que vayáis.

LUCREZIA

Mírame; ¿estoy bien peinada? ¿Heme chafado algún encaje del corpiño? Antes lloré; esas lágrimas, ¿habrán restado brillo a mis ojos? ¿Voy demasiado pálida? ¿Le agradaré así mejor, tú crees? ¡Oh, hele ahí que se aproxima, he ahí que viene, Arabella! Ven, salgámosle al encuentro.

(Entra ANDREA. Sorprendidas y temerosas, ambas mujeres retroceden).

ESCENA XII

Dichas, ANDREA

ANDREA

Buenos días, Lucrezia; esposa, Dios os guarde. De cierto, no esperabais verme aún por acá a estas horas. He demorado mi marcha hasta la tarde. ¿He venido a importunaros? ¿Os dirigíais al jardín? Seguid vuestro camino. Pero, decidme antes: ¿almorzaremos juntos hoy?

LUCREZIA

Sí, seguramente... Es decir, vos lo dispondréis.

ANDREA

¡Es tan escaso el tiempo que mi trabajo me permite dedicaros! Pesaroso estoy de ello. No por lo que a vos se refiere solamente, sino también por

lo que atañe a mí, pues vuestra presencia me endulza muchas amarguras, y sólo a vuestro lado olvido y gozo. ¡Oh, sí, creedlo! Si la fatalidad os arrebatara de mí, no quiero pensar lo que de mí sería. ¡No quiero pensarlo, Lucrezia! Como miro por vuestros ojos, si los apartáis de mí me habréis privado de ver.

LUCREZIA

¡Cuánta tristeza en esas palabras y en vuestro rostro, amigo mío! ¿Qué tenéis? Ayer estabais de excelente humor. ¿A qué obedece ese brusco cambio?

ANDREA

Hay alegrías más tristes que la propia tristeza, esposa, y no es raro ver florecer una sonrisa en labios del apesarado.

LUCREZIA

No sé por qué habéis de estarlo vos. A propósito: ¿os han entregado una carta? Los comisionados del Rey Francisco llegarán mañana aquí, tengo entendido.

ANDREA

Mañana, ¿verdad?

LUCREZIA

Creo que sí. ¿No los esperabais? Parece que os desagrada la noticia.

ANDREA

No. Desagradarme, ¿por qué? Los recibiré complacidísimo. ¿No estoy, acaso, en la más próspera situación de saldar mis cuentas con el gran Rey? Vengan cuando gusten esos dignos enviados, que les satisfaré plenamente. *(Rumor tumultuoso fuera).* ¿Qué es eso? ¿Qué sucede allá?

ESCENA XIII

(Dichos, CORDIANI. CORDIANI entra precipitadamente, el rostro demudado y los vestidos en desorden, como quien acaba de sostener un fiero cuerpo a cuerpo).

ANDREA

¡Cordiani! ¿Qué? ¿Qué ha sido?... ¿Qué significa esa entrada violenta, ese desorden en tus ropas, esa mortal palidez en tu semblante?

LUCREZIA

(Aparte, a Arabella). ¡Ay, Bella, descubierta y muerta soy!

ANDREA

Respóndeme, muchacho. ¿Has reñido? ¿Hay que ayudarte? ¿Necesitas el concurso de mi espada? Vamos a donde sea menester. Pero antes habla, explícame... Tu palidez me impone miedo. Quedaste inmóvil como una estatua.

CORDIANI

(Con inmensa turbación). Maestro, venía a hablarte, venía a decirte... No sé... No recuerdo ya lo que fuera...

ANDREA

¿Qué hiciste de tu espada? ¡Oh, vive el cielo! Confiesa que algo excepcional te ha ocurrido. ¿Hállaste enfermo, hombre? Te conduciremos a tu casa o quedarás alojado aquí, lo que prefieras. *(Pausa. Cordiani persiste inmóvil, fijos los ojos en tierra).* ¿Por qué no me contestas, Cordiani, amigo mío? ¿Es quizás, la presencia de estas mujeres lo que te impide hablar? Ven, entonces; ven conmigo aparte. *(Tomándole las manos, retírase con él a un lado).* Ahora díme lo que sea, cuéntame qué te acontece, hijo mío. Estás convulso, tiemblan tus manos. Habla, hijo. Cualquiera que sea la forma en que precises mi ayuda, la tendrás, yo te lo fío. Sepamos, ¿qué es ello?

CORDIANI

No sé, Andrea; no lo sé. En busca tuya venía, pues tenía que hablarte. Venía acalorado; alguien, no sé quién, cruzóse a mi paso y... No sé más, no puedo decirte más, Andrea. ¡Déjame!

ESCENA XIV

(Dichos, LEONELLO y CESARIO. Después MATURINO, los PINTORES y los CRIADOS).

LEONELLO

Andrea, Gremio ha sido asesinado a la misma puerta de tu casa.

ANDREA

¿Asesinado... Gremio?

CESARIO

Sí, maestro; allí está su cadáver, aún caliente. Y el asesino se ha guarecido aquí, pues hanle visto atravesar el jardín a toda prisa. No le demos tiempo a huir; registremos por todas partes.

ANDREA

¡A las armas! ¡Acá mi gente, mis criados! ¡Acá todo el mundo. *(Entran los Pintores y los Criados, todos con sus espadas. Cordiani desaparece entre el tumulto).* ¡Recorred el parque y la casa, cerrad puertas y ventanas, tomad todas las salidas! ¡Gremio ha sido muerto por un asesino! *(Salen por diversos sitios algunos personajes).* Mi espada, mi espada, ¿oís? ¡Dadme mi espada, oís? ¡Dadme mi espada! Leonello, ¡una espada cualquiera!

LEONELLO

No, tú permanece aquí. Yo te respondo de la captura del criminal. *(A los demás).* Vamos, amigos.

ANDREA

¡Calla... esperad! ¿Quién ha ensangrentado mis manos?... *(Pausa).* Leonello, hijo, hijo mío, no le busquéis ya, no busquéis al asesino. Alejaos, salid, dejadme. *(Salen todos. Andrea, mirándose las manos, retrocede hasta uno de los bancos que hay dispuestos en la escena).* Quien tiñó en sangre mis manos, sangre traía en las suyas. ¡Y fueron las manos de Cordiani las únicas que he estrechado hoy! ¡Las manos de Cordiani, el amigo, el predilecto mío!...

(Déjase caer con desaliento sobre el banco. Cruza los brazos, inclina la cabeza y rompe a llorar).

Fin de la Jornada Primera

JORNADA SEGUNDA

La misma decoración de la Jornada Primera

ESCENA PRIMERA

CORDIANI, MATURINO

CORDIANI

¿Quiere hablarme?

MATURINO

Sí, señor; a solas con vos.

CORDIANI

Dile, pues, que le espero. *(Sale Maturino).*

ESCENA II

CORDIANI, FRANCESCO. Después LEONELLO y CESARIO

FRANCESCO

Cordiani...

CORDIANI

¡Ah, Francesco! ¿Qué? ¿Qué me quieres?

ESCENA PRIMERA

CORDIANI, MATURINO

CORDIANI

¿Quiere hablarme?

MATURINO

Sí, señor; a solas con vos.

CORDIANI

Dile, pues, que le espero. *(Sale Maturino).*

ESCENA II

CORDIANI, FRANCESCO. Después LEONELLO y CESARIO

FRANCESCO

Cordiani...

CORDIANI

¡Ah, Francesco! ¿Qué? ¿Qué me quieres?

FRANCESCO

Decirte, por mi parte, que abandono a Andrea; y, por lo que a tí respecta, que nada sabe, o, si de alguien sospecha, no es de tí, precisamente. Afirma que conoce la causa de la muerte de Gremio, pero a nadie señala. Está tranquilo, pues, ya que nada podrá probársete.

CORDIANI

¿Es eso cuanto tenías que decirme?

FRANCESCO

Y, además, que reflexiones mucho y no desoigas los consejos de la razón.

CORDIANI

La razón eres tú y a tí me atengo. *(Entran Leonello y Cesario).*

LEONELLO

Amigos, ¿concebís algo de lo que le sucede al maestro? ¿Os explicáis su extraña actitud, su proceder desconcertante? Prohibir toda pesquisa encaminada a descubrir al asesino, no querer oír nada del execrable suceso, dejar sin venganza al pobre viejo, honrado y leal servidor de su casa tantos años..., ¿cómo se entiende todo esto? ¡Vive el cielo! ¿Lo entendéis acaso vosotros? ¡Un hombre tan bueno, tan excelente carácter, todo afecto a él, todo devoción a su persona y a sus intereses, casi su padre, que cuando niño tantas veces le meciera sobre sus rodillas!... ¡Ah, Dios mío! No

lo digo por vituperarle; pero os aseguro que yo en su lugar, en el lugar de Andrea...

FRANCESCO

¡Silencio, Leonello! Hombres como él, deben estar sobre todas las censuras.

LEONELLO

No le censuro, Francesco; sólo no comprendo que se deje impune semejante crimen. No hubiera sido difícil dar con el asesino a poco empeño que pusiéramos, y si Andrea no quería comprometer el buen nombre de su casa evidenciando el hecho al recurrir a la autoridad pública, cualquiera de nosotros, creo yo, no habría repugnado encargarse de hacer una bella justicia. Por mí lo hablo, y tómense en cuenta mis palabras si la ocasión se presenta.

CESARIO

En cuanto a mí, camaradas, me despido de esta Academia. Pensaba no continuar por mucho tiempo más mis lecciones en ella; pero lo acontecido hoy, acelera mi deserción. Venga aquí el que lo desee. Yo me traslado a los talleres de Pontormo.

LEONELLO

Yo no. Yo no cambio de maestro. Con Andrea aprendí, con él me quedo.

CESARIO

Ya no se ofrecen aquí alicientes a los jóvenes.

En el estudio, casi desierto, reina una seriedad que se parece mucho a la tristeza de un sarcófago. Se recoge al entrar en él la impresión fúnebre de que algo ha muerto allí, que es, en efecto, la fama de Andrea. Ya no tenemos aquellas alegres modelos que teníamos antes: Giulietta, Venusina, Laldomina, Porcia... Todas van ahora a casa de Pontormo, y con ellas muchas más, nuevas, apetitosas, divertidas, fáciles... ¡Qué Academia aquella, si supierais!... Allí se canta, se danza, se bebe... Se disputa, se ama... Resueltamente, Leonello, adiós. Adiós, amigos. Animaos a seguir mi ejemplo. *(Sale).*

LEONELLO

En fin, ¡un ingrato más! Vaya él con Dios y diviértase cuanto pueda.

FRANCESCO

Tergiversas el concepto, Leonello. No es ingratitud, sino juventud, lo que de aquí le aleja.

(Entra ANDREA. Al verle, FRANCESCO y LEONELLO salen).

ESCENA III

CORDIANI, ANDREA

ANDREA

(Desenvainando su puñal y mostrándoselo a CORDIANI. Este pónese en pie al aproximársele).

¿Ves este puñal, Cordiani? Si te lo sepultara hasta las guardas en el corazón, tendiéndote a mis

pies sin vida, y arrojara luego tu cadáver al Arno, como se hace con los de los malhechores sanguinarios, ten por cierto que podría presentarme después ante la sociedad con la serena dignidad de un juez que acabara de dictar y hacer cumplir una sentencia justa. Que en rigor no habría muerto a un hombre: habría ajusticiado a un reo.

CORDIANI

Es verdad, Andrea; y si esa es tu voluntad, puedes hacerla.

ANDREA

Me asiste ese derecho. Tu vida, por diferentes conceptos, me pertenece.

CORDIANI

Y no te la niego. Por el contrario, me someto resignado al sacrificio.

ANDREA

¿Crees que temblaría mi mano al herirte? No, de seguro. Golpearía tan firme y tan certera como la tuya cuando asesinaste a mi pobre criado, al desgraciado Gremio, víctima de su fidelidad a mí. Ya ves que te he descubierto, ya ves que te señalo, ya oyes que te acuso... Tú le mataste, privándome de ese leal amigo, de ese verdadero amigo, quizás el único que tenía; más valioso para mí por eso mismo. Tan amigo mío era, que por mí murió, por defender mi causa. Así, comprenderás que, en recta y buena reciprocidad, debo

vengarle, satisfaciendo a su muerte con la tuya, haciendo escoltar por el tuyo su cadáver en su marcha al camposanto. Vamos, ¿traes contigo tu espada? Yo tengo la mía. ¿Estás dispuesto a combatir conmigo?

CORDIANI

Haré lo que me mandes.

ANDREA

Siéntate y escúchame todavía. He de hablarte con reposo. *(Pausa breve).* En gran parte conoces mi vida tan bien como yo mismo. Nací pobre, lo sabes, y en realidad pobre soy; tal vez más pobre hoy que cuando nací, pues nací con honra, y hoy es posible que me falte. El lujo que me rodea no lo ganaron mis pinceles; la ostentación con que vivo reconoce un origen criminal, impuro: he malversado un sagrado depósito confiado a mí. *(Cordiani le mira con sorpresa).* Sí; dinero del Rey de Francia. Pero, atiende aún. Solo y obscuro, después de tantos insignes predecesores, después del glorioso Sandro y del inmenso Rafael, miro derrumbarse el Templo del Arte antiguo, cuyas llaves recogiera de manos del maestro de Urbino, sin que basten mis desesperados esfuerzos a contener la catástrofe. Cierto que Roma y Venecia aún florecen; pero nuestra patria ha caído en tan miserable decadencia, que no habrá poder de genio que alcance a redimirla ya. Las buenas escuelas languidecen, los bellos estilos de los clásicos se desprecian o se olvidan, y a las vigorosas iniciativas personales de antes, va sucediendo el amaneramiento frío, la mediocre rutina de los pseudo-artistas de ahora. Conque,

bien considerado todo esto, ¿no te parece que debe significar algo para un hombre que ha vivido tantos años de su Arte y para su Arte, verlo desaparecer de tan lastimosa manera, conociendo que, fatalmente, aquella desaparición acarreará la suya? Mis talleres dejan de concurrirse, los muchachos huyen de mí, nada quieren conmigo, afectan no saber que existo siquiera. Escasean los encargos, los ingresos disminuyen, y la protección de los grandes, interesada y mezquina, más obliga que ayuda al menesteroso. No me quedan discípulos ni esperanzas. Por otra parte, mi salud, harto maltrecha de tiempo acá, vuélvese de día en día más delicada, más difícil de sostener. Mis miembros vacilan, mi ánimo desfallece; una ligera ráfaga de otoño estremece mis fibras con dolorosa rudeza y me postra febril. Esto proviene de aquello, es evidente: anulado el Arte concluye el artista, como extinguidas las ilusiones perece el hombre. ¡Oh, si vieras, si vieras cuántas veces, en el transcurso de una prolongada noche de insomnio he dirigido los ojos y la crispada mano a este mismo puñal colgado en su tahalí a la cabecera de mi lecho, deseando acabar, deseando morir!...

CORDIANI

¡Andrea, Andrea, no digas eso!

ANDREA

¿Y sabes tú, quieres saber quién detuvo siempre la mano suicida en el siniestro ademán, al desnudar el arma? ¿Quieres saber quién, con sólo un débil suspiro o una entrecortada palabra lanzada en sueños, ponía fin en un momento a mis du-

das, reintegrando el sosiego a los agitados nervios, la calma y la resignación cristiana al conturbado corazón? ¡Ah! Si hombre alguno alguna vez amó tan intensamente que llegó a perder su espíritu en la grandeza de su amor, hasta enajenar de sí propio la propia voluntad, y con ella las ideas y los sentimientos propios, todo, en suma, cuanto constituye la personalidad, la esencia, el ser, hasta reducirlo, por decirlo así, a una sombra de la criatura amada, dócil a ella como la sombra corpórea al objeto que la produce, ese hombre fuí yo, ¡soy yo todavía, Cordiani! Por ella, por Lucrezia, por esa ingrata mujer, adquirí fama, queriendo ofrecérsela con mi amor como un realce valioso de él, como un precioso cofre dorado, donde se contuviera una invaluable joya. Ella me inspiró valor para batallar, confianza y temeridad para vencer tantas dificultades, para salvar tantos obstáculos como he visto aparecer en mi camino. Una sonrisa suya, una frase, una opresión de sus manos, han bastado en cien ocasiones a reanimar al decaído luchador, al combatiente agotado por supremos esfuerzos. Su contacto, vivificándome, infundíame nuevos y mayores bríos. ¡No de otro modo, Anteo, el enemigo de los Dioses, surgía más pletórico, más viril, cada vez que en su caída tocaba la Tierra! Por satisfacer un capricho suyo, habría yo escalado los cielos y arrancado de ellos la más radiante de sus estrellas para prenderla en sus cabellos; y descendiera al seno de los mares a buscar la más bella perla con que adornar su garganta blanca y suave. Ante nada he retrocedido por complacerla. Ese desfalco realizado en los cuantiosos fondos que el Rey Francisco depositara en mi poder con destino a la adquisición de Arte y antigüedades, y que inútilmente vendrán

a reclamarme mañana en su nombre, obedece por entero a sus costosas exigencias. Por ella he sido desleal, delincuente; por ella me veré públicamente deshonrado, si es que tantos y tan grandes dolores no impiden dilatar mi vida hasta imponérseme y sufrir atroz afrenta. A evitarle las amarguras de la pobreza tendieron mis incesantes afanes; quise hacer de su existencia una fiesta fastuosa donde nada faltara al regalo de los sentidos; y a este fin trabajé sin descanso, sin concederme treguas ni selecciones, aceptándolo todo y a cualquier precio; a precio inverosímil multitud de veces, con tal de no contrariarle un placer, de no regatearle un gusto. Y, cuando lo ganado honradamente por el máximo excederse del artista, no alcanzó a cubrir las alarmantes cifras del familiar presupuesto... ya sabes lo demás, ya sabes todo. La vi enojarse un día, fuí débil, no pude resistir la tentación y claudiqué indignamente. Por ella lo hice y sólo por ella; por colmarla de bienestar y satisfacciones, por seguir viéndola reir dichosa y agradecida en medio de los halagos de la opulencia, siquiera fuese a tan elevada costa como se verá pronto. Y resulta que esa mujer, en tan trágicos momentos para mí... esa mujer, esa mujer... En fin, dime, Cordiani: ¿vas dándote cuenta de lo que ha hecho esa mujer, de lo que ambos hicisteis conmigo?

CORDIANI

(La voz velada por las lágrimas). ¡Andrea, Andrea!...

ANDREA

¡Ah! lloras, lloras, ¿verdad? Pero, ¿lloras por tí o lloras por mí, Cordiani? Oye, quiero pe-

dirte un favor. Gracias a Dios soy valeroso, pues habiendo caído el rayo sobre mí, hiriéndome en el alma, nadie afirmará haberme oido exhalar un lamento, proferir una queja de dolor. Si el agravio que me inferiste fuera público, a estas horas habrías muerto a mis manos; el mundo otorga al esposo ofendido la vindicación por sí propio. Al que todo lo perdió, he aquí la grata compensación que la sociedad concede. *(El puñal).* Tal es la sublime justicia de los hombres.

CORDIANI

¿Qué exiges de mí?

ANDREA

Si penetraste mi pensamiento, comprenderás que no es mi designio acogerme a ese derecho común, ejercitando la sublime justicia. Rehúsola francamente, porque no quiero, mientras ello sea posible, añadir nueva sangre a la ya vertida. Trato de conciliar con tu castigo mi sufrimiento y mi dignidad en forma que, siendo definitiva, cause el menor daño que pueda, y te propongo el alejamiento para siempre de aquí, una separación y un silencio perpetuos entre los dos. No sé si la herida que recibí será susceptible de curación; mas yo procuraré cauterizarla aplicando toda mi voluntad a olvidarlo todo, y si tu arrepentimiento sincero coincide en ayudar a mis propósitos, quizás algún día recuerde esta triste jornada como pasada en sueños, como si no hubiese tenido existencia real entre las demás. Así soy yo, Cordiani. Hombre de temperamento pacífico, inclinado al perdón y a la conmiseración, infúndenme insuperable espanto las violencias. En esta poquedad

de carácter radican, a no dudarlo, mis yerros y mis penas; mas, no siendo en mi mano remediarlo, ¿qué hacer sino aceptar las funestas consecuencias originadas? En conclusión, mi deseo está expresado. ¿Quédate alguna réplica que oponerle?

CORDIANI

¡Dios mío, Dios mío!

ANDREA

¿Te asombra mi heroismo? También asombraría al mundo si llegara a su conocimiento. Conforme soy con la opinión de que cuando la vida queda desprovista de finalidad, es inútil conservarla y lo pertinente desaparecer, dejando libre el campo. Y esto haré yo si la certidumbre de lo irreparable de mi desventura se me presenta de una vez categórica y terminante. Hasta entonces... Estoy hecho a la paciencia. Mira, para conseguir hacerme amar de Lucrecia, seguí incansable sus pasos años enteros, y tanta obstinación puse en mi empeño, con tanto ardor y tanta vehemencia entreguéme a él, que más de una ocasión me figuré no haber nacido sino para esclavo suyo o vigilante a su servicio. Fué ejemplar insistencia de enamorado, y más a esa insistencia que a mí mismo, sospecho debió rendirse la asediada hermosa. Y ahora, repara bien en lo que sigo diciéndote: Hoy, perdida cuando más segura la creía, cuando más dueño de ella me consideraba, cuando la certeza de su amor era, para mí, un dogma de fe, algo incompatible con el entredicho y la duda, ¿piensas que desmayo al hacer patente su traición, reconociendo así la esterilidad de tantas abnegaciones, de tanta idolatría, de devoción

tanta, consagradas a eternizarlas recíprocas? ¿Crees que he de darme por vencido aun viéndome derribado a vuestros pies por la fuerza de vuestra locura, y que renuncio a ella, por más que, mirándola distanciarse veloz, la contemple ya casi tan inaccesible como un astro confinado en las lejanías del firmamento? ¡Oh, no! Con aquella misma desesperada energía con que el náufrago ase la tabla desprendida del deshecho bajel, único recurso de salvar su amenazada vida, el alma amorosa, batida por los ultrajes del desamor, aprisiona la última débil esperanza de ganar su causa, y con ella se elimina. ¿Qué?... ¿Habré de comenzar de nuevo la ardua peregrinación de antaño y rehacer y redoblar esfuerzos y pertinacia para restituírmela..., para volverla otra vez a mí? Pues lo haré, y no con menores bríos!... ¿Quién sabe las sorpresas que oculta un corazón de mujer? ¿Quién es capaz de sondearle y limitar su fragilidad y su inconstancia? ¿Quién se atreve a predecir su gusto cada día? ¿Quién asegurará que, en uno de ellos, no pueda tanto en Lucrezia el noble amor por el esposo, como el error o el capricho por el amante?

CORDIANI

(Tras un silencio). ¿Cuándo debo partir?

ANDREA

Un caballo te espera a la puerta. Te doy una hora. ¡Adiós! *(Ademán de salir).*

CORDIANI

Andrea... ¿no me dejas estrechar tu mano?

ANDREA

(Volviendo sobre sus pasos). ¿Mi mano... a tí? ¿Por qué? ¿Te he dirigido alguna injuria, llamándote falso amigo, por ejemplo, traidor a un juramento santo, o hipócrita desleal? ¿Te ofendió alguna de mis palabras, te hirió alguno de mis conceptos? Darte la mano implicaría una reconciliación, lo que supondría, consiguientemente, un violento estado de ánimo entre ambos...; y yo, por mi parte, nunca te quise mal, Córdiani; nunca sentí hacia tí animadversión alguna. Por Dios te juro que por nada te guardo rencor.

CORDIANI

(Casi arrodillándose). Andrea, en nombre del cielo, ¡tu mano, tu mano!

ANDREA

En fin, no puedo. Antes me las manchaste de sangre. *(Sale por el pabellón).*

ESCENA IV

CORDIANI, MATURINO. Luego, FRANCESCO

CORDIANI

(Llamando). ¡Maturino!

MATURINO

(Por la puerta de la casa). Señor...

CORDIANI

Toma mi espada y mi capa y llévalas a la puerta pequeña del jardín.

MATURINO

¿Partís, Excelencia?

CORDIANI

Sí. *(Entra Francesco).*

FRANCESCO

Acaba de decirme Andrea que te vas, Cordiani. ¿Por mucho tiempo?

CORDIANI

Sí... Es decir, no lo sé. *(A Maturino).* ¡Eh, Maturino, despacha! Estoy de prisa.

MATURINO

Al instante, Excelencia. *(Sale).*

FRANCESCO

Entonces, adiós. Adiós, amigo mío.

CORDIANI

Adiós, Francesco. *(Pausa).* Escucha: quiero encargarte un recado. Si esta tarde la ves... Esta tarde o mañana... cuando la veas, vamos...

FRANCESCO

¿A quién, Cordiani? Si veo ¿a quién?, ¿qué?

CORDIANI

Nada, nada ya. Mejor será así. Vete si quieres, vete. No te necesito. *(A Maturino, que vuelve)* ¿Listos ya, Maturino?

MATURINO

Cuando gustéis, señor. ¿He de acompañaros?

CORDIANI

Sí. Ve, ya te sigo. *(Da algunos pasos tras él y vuelve rápidamente).* Y, sin embargo, ¡no puedo! ¡Por Cristo vivo, no puedo, Francesco! Hay algo superior a mis fuerzas que me impide abandonar esta casa, reteniéndome como encadenado en ella. ¡Oh, sí! Prefiero, mil veces, morir aquí, no importa cómo. ¡Pálidas estatuas, sombrías alamedas, viejos árboles, testigos mudos de tantas tribulaciones mías, de tantas inquietudes!: ¿cómo podrá ser que os deje, sin esperanzas de volveros a ver jamás? Tierra que por mis manos he ensangrentado, ¿cómo habrán de separarme de tí, tierra querida, si me unen a tí vínculos tan fuertes, tan indisolubles como los vínculos de la sangre?

FRANCESCO

¡Cordiani!

CORDIANI

Dime tú, Francesco, dime tú: ¿a dónde iré, a qué punto encaminaré mis pasos que no esté apostada, esperándome, la muerte? Pues si he de hallarla en cualquier parte, ¿qué más dará aquí mismo? ¿Recuerdas lo que ha poco me decías? No quise escucharte entonces porque amaba sin dolor; ahora...

FRANCESCO

¿Ahora?... *(Aparte).* ¿A qué alude todo esto? ¿Habrá sucedido algo nuevo? *(Alto).* Oye, Cordiani...

CORDIANI

¡Calla! Oigo su voz aproximarse; oigo también la voz de Andrea. Vienen hacia acá, sin duda. Ven, huyamos. Trataré de verla, siquiera por última vez. *(Exeunt).*

ESCENA V

ANDREA, LUCREZIA

ANDREA

Pueden jactarse nuestros amigos de saber hacerse esperar, ¿no opináis, Lucrezia? Y ahora que reparo en vos, ¡qué pálida estáis! ¿A qué se debe? ¿Tal vez a la emoción producida por la desastrosa muerte del pobre viejo, del infortunado Gremio?

LUCREZIA

No puedo negarlo, amigo mío. El trágico final de ese buen hombre hame sobrecogido profundamente...

ANDREA

¿Cómo no lucís hoy vuestras sortijas? ¿No os satisfacen ya las que tenéis y deseáis renovar vuestro joyero? ¡Ah! Sin embargo, una lleváis. Y esta no la conozco yo. Esta no os la he regalado yo, me parece.

LUCREZIA

Le apreciaba mucho, creedlo. Era un simpá-

tico anciano, muy servicial, muy alegre; muy honrado, sobre todo. No le olvidaré pronto, ciertamente.

ANDREA

Dejadme ver esa sortija, Lucrezia. ¿Es un regalo? Permitidme admirarlo.

LUCREZIA

Es un presente de mi amiga Lorenza Strozzi.

ANDREA

Pues no son éstas sus iniciales, ni las vuestras tampoco. *(Examinando la joya con atención).* Es admirable, admirable; pero fragilísima por su delicada construcción. Muy frágil, muy frágil, extraordinariamente frágil; tan frágil que... ¡Ah, Dios mío! ¿Veis? Sin querer os la he quebrado.

LUCREZIA

¿Qué habéis hecho? ¿Por qué la rompísteis, Andrea?

ANDREA

Sin querer fué, de veras. ¡Qué lástima!, ¿verdad? Y es tanto más sensible cuanto que no tiene arreglo. ¡Una construcción tan delicada, tan fina!

LUCREZIA

Bueno, ¿qué hemos de hacerle? Devolvedme los fragmentos, hacedme el favor.

ANDREA

¿Para qué? El más hábil artífice no hallaría manera de reconstruirla. *(Arroja los restos).* Perdonadme haberos causado este pesar. Involuntariamente ha sido, os lo repito.

LUCREZIA

¡Bah! No os preocupe más.

ANDREA

¿Habéis invitado a mucha gente a almorzar? ¿Tendremos una mesa animada?

LUCREZIA

Vendrán los habituales únicamente: Francesco, Leonello... Cordiani...

ANDREA

¿Cordiani también? Es claro. *(Pausa).* No acertáis a figuraros cómo me aflige el recuerdo de Gremio y su siniestra muerte. No ceso un momento de pensar en él.

LUCREZIA

Es natural vuestro sentimiento. Su mujer fué vuestra nodriza, él vuestro ayo... Erais su hijo, en cierto modo.

ANDREA

Después de todo, ¿a qué llevar al extremo la aflicción? ¿No es natural también perder un padre, un amigo, una felicidad, un bien cualquiera? ¿Hay nada más corriente que oir decir en la plaza: Tal ha muerto, tal otro se arruinó, el de más allá será condenado por la justicia? ¡Oh, qué miseria es el mundo, Lucrezia! Todo en él es tristeza y desolación.

ESCENA VI

Dichos, LEONELLO, FRANCESCO y después ARABELLA

ANDREA

He aquí a Leonello y a Francesco. Amigos, ¿cómo tanto os tardasteis? Comenzábamos a impacientarnos seriamente.

LEONELLO

¿Quiénes seremos a la mesa, Andrea? ¿Los de siempre no más?

ANDREA

Exceptuando a Cordiani, que a Francia partió esta mañana.

LUCREZIA

¿Qué decís? ¿Ha partido Cordiani?

ANDREA

A Francia, ha más de una hora. La Madonna le guíe y le proteja. Larga jornada lleva, y es posible que sus asuntos le entretengan tanto que no retorne, acaso, nunca a Italia.

LUCREZIA

(Aparte a Francesco). ¿Es verdad, Francesco? ¿Es cierto que ha partido?

FRANCESCO

(Lo mismo, a Lucrezia). A estas horas debe hallarse ya lejos de Florencia.

LEONELLO

Mal tiempo se ofrece para viajar. El cielo presagia tempestad.

FRANCESCO

¿Qué es eso, señora? ¿Qué os sucede? Vuestro risueño rostro, animado por alegres colores un momento ha, empalidece ahora. ¿Sufrís algún repentino pesar? Decídnoslo.

LEONELLO

¡Qué pálida, es verdad!

ANDREA

Lucrezia, esposa, ¿qué tenéis? ¿Por qué lloráis? ¿Qué os acontece? *(Todos la rodean, solícitos).*

LUCREZIA

¡Oh, dejadme, dejadme, os lo suplico! No os inquietéis... un malestar ligero... Ya pasará... ya pasará. ¡Dejadme!

ARABELLA

(Entrando despavorida). ¡Señor, señor, venid! ¡Dios mío, qué susto! ¡Hay un hombre escondido en las habitaciones de la señora! ¡En el tocador entraba cuando le he visto!

ANDREA

¿Un hombre, Arabella?

ARABELLA

Un hombre, sí, señor. Le descubrí al cruzar la galería, y él, al oirme, corriendo se ocultó tras la puerta. ¡Santa Vírgen, qué susto, qué susto me he llevado!

LEONELLO

¡Es él, Andrea, es él, el asesino! El que ha matado a Gremio, que no habiendo tenido oportunidad de evadirse, aun permanece aquí. Deja, si quieres, que yo me encargo de él con sumo gusto.

ANDREA

Quieto, Leonello, quieto. Esto a mí solo me incumbe por entero. *(A Lucrezia, con severo acento).* ¡Todavía él, todavía ese hombre, desventurada!

(LUCREZIA lanza un ¡ay! y cae desvanecida en brazos de ARABELLA y FRANCESCO, quienes, con esfuerzo, trasládanla a un banco).

FRANCESCO

Maestro, espera. Yo sé quién es el hombre. Es tu discípulo Cordiani.

ANDREA

¡Ah! ¿Sabes?

FRANCESCO

Sí. Y te aconsejo evitar a todo trance que...

ANDREA

¡Basta, basta! Conque, ¿consejos y todo? ¡Tan pública es mi deshonra, tan conocida y divulgada mi afrenta, que hasta se permiten recomendarme una prudente norma de conducta!... *(Llamando hacia la casa).* ¡Cordiani, Cordiani!... ¡Desciende acá, hombre; muéstrate ya, miserable! ¡Es tu rival quien te llama y te espera!

ESCENA VII

Dichos, CORDIANI

ANDREA

Señor mío, tened la bondad de esperar mis órdenes. *(A Francesco y Arabella).* Vosotros, llevaos a esa mujer. *(A Leonello)* Sí, Leonello, tenías razón. Este es quien asesinó a Gremio al salirle al paso cuando subrepticiamente intentaba penetrar en mi casa para apoderarse de mi mujer. ¡Este es, éste! *(A Francesco y Arabella).* ¡Vamos, Arabella, Francesco! ¿Me oísteis? Conducid a esa mujer a casa de su madre. ¡Salid, salid pronto! *(Salen Francesco y Arabella sosteniendo a Lucrezia. A Leonello).* Leonello, amigo mío, ¿querrás ser mi testigo en un lance? Quiero hacerle tanto honor aún.

LEONELLO

Acepto la designación. Retírate a casa mientras se previene la hora y el lugar para el combate.

ANDREA

¿Hora? Esta misma. ¿Lugar? Este mismo también. *(A Cordiani).* No os bastó deshonrarme; qui-

sisteis hacerlo público; con la vuestra os salisteis. Así, la reparación ha de serlo igualmente, y ¡maldito aquel por quien a tal punto llegaron las cosas! Aguardad unos momentos. Voy a buscar las espadas. *(Exit).*

ESCENA VIII

LEONELLO, CORDIANI

LEONELLO

Señor, ¿no nombráis alguien que os apadrine en el encuentro?

CORDIANI

No, señor.

LEONELLO

¿Cómo así? Las leyes del duelo lo exigen.

CORDIANI

En rigor no lo habrá, pues pienso dar a mi adversario todas las facilidades para que triunfe.

LEONELLO

Reparad lo que decís y lo que hacéis.

CORDIANI

Sé lo que digo y conozco lo que debo hacer.

LEONELLO

¿Es vuestra intención entonces convertirle en asesino también?

ESCENA IX

Dichos. ANDREA, con espadas. Luego, FRANCESCO

ANDREA

Heme aquí.

(LEONELLO toma las espadas, las mide y examina y las distribuye).

LEONELLO

¡En guardia, señores!

(Brilla un relámpago y se oye el fragor de un trueno. Entra FRANCESCO).

FRANCESCO

Maestro, tu esposa ha rehusado mi compañía. Con Arabella nada más partió. ¡Hola! ¿Vais a reñir? ¿Quién necesita un testigo?

LEONELLO

El señor Cordiani. Ve, colócate a su lado.

FRANCESCO

(A Cordiani). ¿Lo permites tú?

CORDIANI

Gracias, Francesco.

LEONELLO

Vamos, señores, acabemos. La tempestad está sobre nosotros. ¿Listos?

ANDREA

Sí.

CORDIANI

Sí.

LEONELLO

Adelante.

(Cruzan las armas y combaten un momento. CORDIANI, vacilante, retrocede un paso).

FRANCESCO

Para, Andrea. Cordiani ha sido tocado. *(Cordiani cae al suelo).*

ANDREA

(Yendo a él). ¡Cordiani!... ¡Hijo mío!...

LEONELLO

(Conteniéndole). No, vete. Francesco y yo nos encargaremos de lo demás.

CORDIANI

(Puesto en pie). Mi herida es leve. Aun puedo sostener mi espada.

LEONELLO

Os engañáis. Vuestra herida es más grave de lo que creéis. Yo no autorizo la continuación del combate.

FRANCESCO

Ni yo. Vamos, apóyate en mi brazo y salgamos. Te conduciremos a casa de Manfredi, el cirujano.

CORDIANI

Pues lo queréis, sea.

ANDREA

(Aparte, a Leonello). ¿Crees tú que, en efecto, es grave, Leonello?

LEONELLO

Nada puedo decirte aún. *(Sale con Francesco, conduciendo a Cordiani).*

ESCENA X

ANDREA

Y yo, ¿no debo, acaso, acompañarles?
¿Por qué me dejan solo, como excluído?...
Creo que no se ha defendido ese hombre.
No, no se ha defendido; porque ahora,
ya calmada mi cólera, recuerdo
varios detalles que lo prueban claro.
Por ejemplo, sin más, esa estocada:
un golpe tan marcado, tan abierto,
tan fácil de parar... le ha alcanzado.
Porque, le he herido: eso es lo cierto y grave;
tal vez, de tanta gravedad, que muera
antes que llegue de Manfredi a casa.
¡Oh, si fuera verdad... fuera espantoso!

¡He perdido a Lucrezia, el amor mío!
¡Pierdo ahora la amistad, muerto Cordiani!
¿No habrá quedado nadie en casa, nadie?
(Pausa, como tratando de percibir algún rumor dentro).
Nadie ha quedado; ni un rumor se siente.
Pues, ¿quién había de quedar? Los criados
salieron con mandados; mis discípulos
dejaron ya el taller, que esta es la hora...

En conclusión, nadie ha quedado, ¡nadie!...
Es decir, quedo yo. ¡Yo solo, aislado
como un leproso! ¡Separado y único!

Es singular, es raro, es casi absurdo,
por Dios santo, ¡pero es! No hay que negarlo.

Cordiani va a morir, de eso no hay duda.
¡Morirá, sin tardanza: es lo probable;
más aún: es fatal... ¡Bien!... Y Lucrezia,
brutalmente arrojada de orden mía,
se aleja de mi hogar y vuelve al suyo.
Perfectamente. ¿Y qué? ¿No es esto lógico?
¿No está bien hecho, pues, todo lo hecho?
Mi mujer y un su amante, me afrentaban;
Todo el mundo lo sabe, es bien notorio.
Tercio yo, sorprendiéndolos... Airado,
mato al amante, a la mujer expulso...
Y, heme aquí, vindicado y satisfecho,
que no hay más que pedir. Ya en són de befa,
nadie podrá decir cuando yo pase:
«¿No le veis? ¡Acá viene el manso esposo!»
Nadie, nadie, que a nadie lo tolero.
Cuidado, pues, que vuelvo a ser tan digno
y mi honor a tener tan limpio y claro
como pueda tenerlo otro cualquiera,
ni más ni menos, ¡vive Dios! Y en tanto...
¡Y en tanto, solo, y mi mansión desierta;
mi espíritu y mi hogar abandonados!
Hace pocos momentos, todavía
se hallaba gente aquí, y ella a mi lado...
Ahora, ya nadie queda... Ella ida,
todos fueron marchando tras sus pasos.
Pero, en fin, lo esencial y no otra cosa,
es que estoy, como Dios manda, vengado.
Como Dios manda, o como el mundo quiere,
que de eso no estoy cierto.

Sin embargo,
¿esta fiera venganza—me pregunto—
tendrá el poder de restituirme intacto

todo el bien que perdí, la esposa amada
y el amigo querido, o, al contrario,
será, precisamente, entre uno y otros
lo que vaya distancias aumentando
más y más cada vez, hasta perdernos
para nunca volver a aproximarnos?
Si así fuere, en verdad debo culparla,
más que a nadie, de haberme aniquilado:
pues me roba la última esperanza
que los hados adversos me dejaron.

(Reparando en su espada, que aun conserva desnuda entre las manos).

Si bien que no de todo me despoja:
ciertamente, una cosa me ha dejado;
pero yo no la quiero y la renuncio,
porque pesa a mis fuerzas demasiado.

(Arrójala. Mirando a la casa).

¡Mi casa! ¡Ese es mi hogar! Mas no me atrevo
a penetrar en él. Al contemplarlo,
siento invadirme una tristeza inmensa
y acongojarse el corazón de espanto.

(Retrocede hacia la cancela del fondo, en el momento en que tras ella pasan cuatro hombres llevando un ataúd).

¡Eh! ¿qué es eso? ¡Un cadáver en mi casa!
¿Quién es ese que llevan a enterrarlo?

ESCENA XI

ANDREA, CESARIO

CESARIO

Nicolás Gremio, muerto a mano airada esta mañana.

ANDREA

¡Ay, viejo amigo, adiós, adiós tú también! Otro, Cesario; otro que marcha, otro que me abandona.

CESARIO

¿Es un reproche a mí, maestro? Yo no os he abandonado, yo no os abandonaré jamás.

ANDREA

¡Hijo, Cesario!

CESARIO

Fuí a casa de Pontormo, cierto. Iba en busca de la alegría y la encontré allí... Mas, sin saber por qué, en medio de tanta fiesta y regocijo, sentíame languidecer y entristecía ridículamente. Así, resolví volverme acá y aquí me tenéis.

ANDREA

Aquí encontrarás el infortunio, hijo mío.

CESARIO

Mejor lo soportaré que el remordimiento.

ANDREA

¡Pobre!... Gracias, Cesario, gracias. Mira, hazme este favor: entra en casa...—Yo no quiero, no puedo; me da miedo, ¿sabes?—Entra en casa y... Yo, entretanto, voy.... Sí, eso es, voy; debo ir, es necesario que vaya.

ESCENA XII

LEONELLO

(Entrando). ¿A dónde, Andrea?

ANDREA

A visitar a la madre de Lucrezia, a hablar con ella. Porque debo hacerlo así, ¿no te parece?

LEONELLO

Sí, pero irías inútilmente. La señora Floria no está en la ciudad.

ANDREA

¡Cómo! ¿No está? Lucrezia, entonces, ¿a dónde ha ido, dónde se encuentra?

LEONELLO

No lo sé. Pero te digo que madonna Floria hállase ausente.

ANDREA

¿Cómo lo sabes?

LEONELLO

Volviendo de casa de Manfredi, pasé ante su puerta y quise saber si Lucrezia llegara sin novedad. Así lo supe.

ANDREA

Cordiani morirá, ¿eh, Leonello?

LEONELLO

No, por cierto; de ésta, al menos. La herida fué bien poca cosa.

ANDREA

Dejadme.

LEONELLO

(Dubitativo). Escucha, Andrea... escucha. Yo no sé... Francamente, no sé cómo preguntarte... no acierto a decirte... En fin, no sé...

ANDREA

¿Qué? Dime.

LEONELLO

¡Es tan delicado, es tan difícil!... Pero, vamos, quisiera saberlo: si Lucrezia, reincidiendo en la culpa, volviese... volviese a verle a él...

ANDREA

(Impetuoso). ¿Cómo? ¿A Cordiani? ¿Si volviese a verle, si volviese a...? ¡Oh! ¡no tendría piedad entonces, sería implacable! ¡Los exterminaría allí donde me fueran habidos!... Pero, ¿por qué semejante pregunta, Leonello? Ella me revela que sabes algo más grave de lo que ha pasado, algo que me ocultas. ¿Qué es? Dímelo, dímelo pronto. Están juntos, han vuelto a unirse, ¿verdad? Ea, dímelo, ¡te lo suplico, te lo mando! No te preocupes por mí. Tengo fuerzas aún.

LEONELLO

No, no, Andrea. Va demasiado lejos la viveza de tu pensamiento. Fía en mí; tu honor y tu nombre me son tan sagrados como los míos propios, y si tal aconteciese sería yo quien exigiría reparaciones entonces. Y cuenta que yo no peco, como tú, de bondadoso. *(Andrea ha extraído de su escarcela un librillo de notas y escribe en él. Aparte).* ¡Pobre amigo! Quiera Dios que tu razón resista este nuevo y terrible golpe. *(Alto).* ¿Qué haces? ¿A quién escribes, Andrea?

ANDREA

A Lucrezia. *(A Cesario, dándole la hoja escrita).* Cesario, hijo, ve, busca a mi esposa y entrégale esta carta, solicitando respuesta a ella. Anda, ve, no te demores, y no olvides la impaciencia con que aquí mismo te espero. *(Sale Cesario).*

ESCENA XIII

ANDREA, LEONELLO

LEONELLO

¿Qué le dices en esa carta?

ANDREA

¿Qué le digo? ¡Ah, mísero de mí! Suplico, cuando puedo mandar; imploro perdón cuando castigar debiera. No me juzgues, amigo mío, como a cualquier otro hombre. Carezco de lo que llaman carácter, energía. Soy apocado, débil... Nací para vivir tranquilo.

LEONELLO

(Aparte). ¡Triste alma atormentada, cuánto debe sufrir!...

ANDREA

Ni sé siquiera cómo escribí lo que escribí. Porque, asómbrate, Leonello, asómbrate de mi cobardía y de mi indignidad: ¡Digo a Lucrezia que no tome en consideración lo que hice, y le pido vuelva a mi lado, que la necesito junto a mí!

LEONELLO

¿Es posible, Andrea?

ANDREA

Ya lo oyes. Obré como tú quisiste, y ¿qué obtuve en consecuencia? Alejarla más cuando más la amo. Porque has de saber, Leonello amigo, que para desdicha mía la amo ahora más que la amé nunca. ¡Más que nunca, te lo juro, más que nunca!...

LEONELLO

(Aparte). ¡Santa Madonna, valme!

ANDREA

(Ambas manos al pecho, con gesto de dolor). ¡Oh, Dios mío!

LEONELLO

(Alarmado). ¿Qué? ¿Qué tienes, Andrea?

ANDREA

Súbito he sentido un gran dolor en el corazón. Extraño es, no me ha sucedido nunca. Tendré que hacerme ver por un médico, me parece. Pero, vaya, ya pasó, ya pasó.

LEONELLO

¿Ya pasó? No obstante, bueno será avisar al

doctor hoy mismo, ahora. ¿O prefieres ir a verle tú? Vamos, si quieres.

ANDREA

¿No recuerdas que deben traerme aquí una respuesta? Aunque acaso sea esperar en vano, sin embargo, esperaré.

LEONELLO

Lucrezia te contestará, no lo dudes. Vendrá ella misma, tal vez.

ANDREA

No, no vendrá. Tú verás como no viene. En este instante creo verla marchar...; sí, la veo marchar, marchar muy lejos. ¡Sí, Leonello, sí! ¡Marcha, escapa, huye de mí! ¡Ay, Dios! Ahora ya tengo la plena certeza, la firme convicción de haberla perdido para siempre; ¡para siempre, para siempre!...

LEONELLO

¡Andrea, eh, amigo! Calma. Estás enfermo, eso se ve. Vamos allá dentro. *(Intentando llevarle).*

ANDREA

No, no te obstines. No me moveré de aquí. Desde aquí los veo, los veo marchar, alejarse, huir... Ahora ya no me es posible dudar, Leonello; ¡la he perdido! La he perdido de una vez para siempre, ¡para siempre!

ESCENA XIV

ANDREA, LEONELLO, CESARIO

ANDREA

¿Qué, Cesario? ¿Qué hay? ¿Qué traes?

CESARIO

Vuestra esposa no está en Florencia, maestro. Un amigo, a quien hallé al salir de aquí, hame dicho haberla visto marchar con rumbo a Pisa.

ANDREA

¿Y Cordiani?

CESARIO

¿Cordiani?... De él nada sé.

ANDREA

¿Ves, Leonello? Mi predicción se cumple. Hanse reunido por fin, y por fin marcharon. Una voz interior advirtióme la catástrofe. ¡Todo ha concluído para mí! *(Entra Francesco).*

ESCENA ULTIMA

Dichos, FRANCESCO

FRANCESCO

¿Por qué todo ha concluído?

LEONELLO

Ciertamente.
¿Qué sabes tú qué habrá pasado, Andrea?

ANDREA

Lo sé porque lo he visto con mis ojos,
que no fué simplemente una sospecha.
¡Me falta el aire... respirar no puedo!...
¡Siento temblar bajo mis pies la tierra!

LEONELLO

(Aparte, a FRANCESCO).

Ruda fué la jornada. Pocos hombres
podrían resistir otra como esta.
Son muchas emociones y muy fuertes
para una sola vez.

FRANCESCO

(Lo mismo, a LEONELLO).

¿Tú crees que Andrea...?

ANDREA

Reuniéronse al azar o convenidos,
y juntos han partido de Florencia.
¡Yo lo sé, yo lo he visto por mis ojos!
(Vacila y sus discípulos le sostienen. Va debilitándosele la voz gradualmente.
Esto me oprime el corazón, me enerva..
(Dirigiéndose a alguien imaginario).
No os inquietéis, no intentaré seguiros.
Marchad tranquilos; ¡no me quedan fuerzas!
Sería inútil, y, además, comprendo
que no tengo derecho a retenerla
contra su voluntad, al lado mío,
cuando su amor hacia otro amor se aleja.
¡Ay, me vuelve otra vez... vuelve a oprimirme!...
(Al corazón).

CESARIO

¿Qué tenéis, qué sentís?

LEONELLO

¡Valor, Andrea!

ANDREA

¡Oh, luz del sol, verdor de las campiñas,
años risueños de la edad primera!...

Se amaban, se buscaron, se encontraron,
y partieron de aquí. ¡La historia eterna!
¡Vuelvo a verlos como antes, vuelvo a verlos!
Ahora cruzan veloces la pradera:
sus caballos se animan en el trote;
sus ropajes flotantes se despliegan
cual triunfales banderas en el aire,
de una grande victoria pregoneras.
¡Sus miradas se cambian, y sus manos
se tienden impacientes y se estrechan!
Ahora pasan el río.
(Transición).
Oye, Cesario,
entra en casa, hijo mío, y tráeme llena
una copa de vino. Desfallezco,
y quiero recobrar algo las fuerzas.
Espera todavía. Luego buscas
en mi cuarto, donde hay una alacena,
y toma de ella un pomo pequeñito
que contiene un cordial. No te detengas.
(Sale CESARIO).

FRANCESCO

(Aparte, a LEONELLO).

Llevémosle de aquí, que se nos muere.

LEONELLO

(Lo mismo, a FRANCESCO).

Me parece que sí.
(A ANDREA).
Vamos, Andrea,
sé fuerte y ven conmigo, con nosotros.

Entra en tu casa a descansar en ella.
(Intentan llevarle).

ANDREA

(Resistiéndose).

¡No me llevéis, no me llevéis, os digo!
Sostenedme, eso bien, que no quisiera
dar en tierra... Francesco, escucha, atiende...
Toma un caballo, monta con presteza,
ponlo al galope en seguimiento de ellos,
—en una hora de veloz carrera,
fácilmente podrás darles alcance,
que aún no han llegado a penetrar la selva;—
deténlos en su marcha y, en mi nombre,
les dirás... les dirás... ¡Oh, Dios, qué intensa,
qué espantosa tortura! Amigos míos,
¡cuánto mejor morir que verse en ella!...
Conserva, buen Francesco, mis palabras
fielmente; repetirlas no pudiera.
Les dirás... ¿oyes bien?: «¿Por qué alejaros?
¿por qué alejaros más? Volved las riendas,
y a Florencia otra vez tornad dichosos;
¡ya nadie estorba la ventura vuestra!»
Y si preguntan la razón, entonces...
entonces les añades con firmeza:
«¡La viuda del pintor Andrea del Sarto,
libre está de entregarse a quien prefiera!»
(Entra CESARIO).

LEONELLO

¿Cómo? ¿Qué dices?

ANDREA

La verdad, Leonello.

CESARIO

Aquí está el pomo y vuestra copa llena.

ANDREA

Esto, sí, mi cordial...
(Vierte algunas gotas del pomo en la copa que CESARIO le presenta, y después se lo devuelve).
¡Y bien, señores:
saludad a la Muerte, que se acerca!
¡Yo alzo mi copa y le dedico el brindis
a la muerte del Arte en nuestra tierra!
(Bebe).

FRANCESCO

(Con súbita sospecha).

¿Qué es eso que vertísteis en la copa?
¿Qué contiene ese pomo? ¡Hablad, Andrea!...

ANDREA

Un cordial generoso, amigo mío.
Tales son su eficacia y excelencia,
que en breve tiempo curará tus males
por pertinaces que tus males sean.
Te regalo ese pomo y un consejo,
y ambos quiero que mucho me agradezcas.
Cuando sientas el alma dolorida,
exhausta de esperanzas o de creencias;
cuando, agotado tras feroces luchas,
necesite tu espíritu una tregua;
cuando, en fin, reconozcas que es inútil
prolongar por más tiempo tu existencia,

y enojoso además, cuando con ello
pones un veto a la ventura ajena,
haz lo que yo: de ese licor precioso
vierte un poco en tu copa...; bebe..., espera...
Fíjate bien en mí: verás su efecto...
¡Vuestras manos!... ¡Adiós!... ¡Tendedme en tierra!

(Silencio breve. Los dos versos finales son pronunciados con supremo sentimiento).

¡Si la veis, no olvidéis manifestarle
cuánto la amé... cuánto sufrí por ella!...

(Muere. Sus discípulos tiéndenle suavemente en tierra y quedan, llorando, arrodillados ante el cadáver).

Fin de la tragedia

3 0112 117480415

OBRAS TEATRALES

JOSE FOLA IGURBIDE

DE VENTA EN ESTA CASA EDITORIAL

Los caballeros de la libertad.—Drama en 4 actos.
La ola gigante.—Drama en 7 actos.
El sol de la humanidad.—Drama en 7 actos.
La libertad caída.—(2.ª parte de «El sol de la humanidad»).
La muerte del tirano.—(2.ª parte de «La libertad caída»).
Giordano Bruno.—Drama en 5 actos.
Los Dioses de la mentira.—Drama en 3 actos.
Cristo contra Mahoma.—Drama en 5 actos.
La sociedad ideal.—Poema en 5 actos.
La domadora de leones.—Drama en 6 actos.
La máquina humana.—Drama en 5 actos.
El cacique o La justicia del pueblo.—Drama en 4 actos.
La duquesa fantasma.—Drama en 4 actos.
Joaquín Costa o El espíritu fuerte.—Drama en 3 actos.
El Cristo moderno.—Drama en 5 actos.
El monstruo de oro.—Drama en 5 actos.
El arte de enamorar.—Zarzuela en un acto.
Caín y Abel.—Drama en 3 actos.
Ilusión y realidad.—Drama en 3 actos.
Emilio Zola o El poder del genio.—Drama en seis actos.
Teresa.—Drama en 3 actos y en verso.
El clown.—Drama en 3 actos.
El hijo del aire.—Melodrama en 5 actos.
El mundo que nace.—Comedia en 3 actos.
El pan de piedra (el carbón).—Drama en 5 actos.